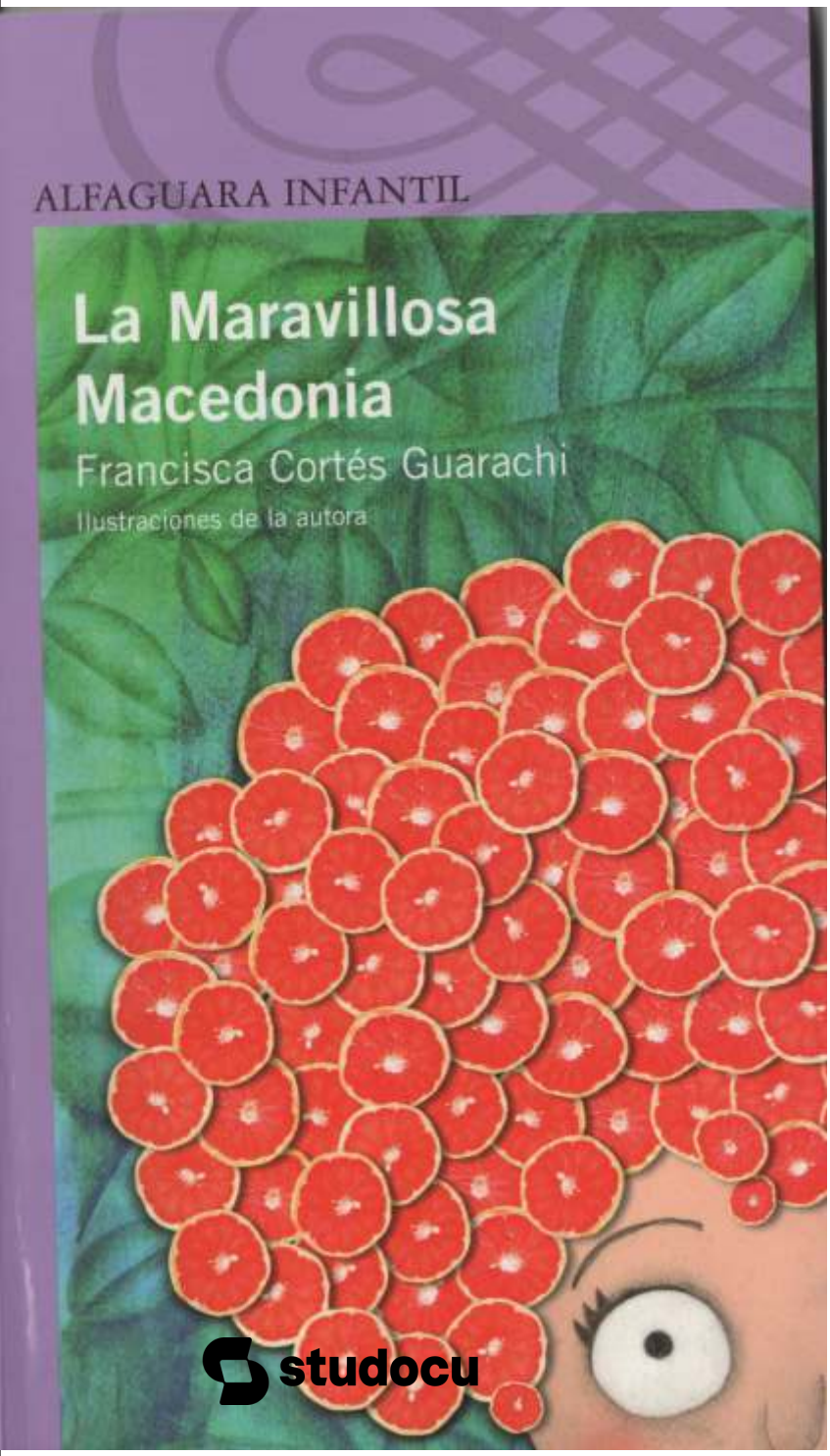
La-Maravillosa-Macedonia

Historia (Colegio República de chile)



messages.pdf_cover_qr_code_label

messages.downloaded_by
messages.studocu_not_sponsored_or_endorsed_by_college



studocu

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

ALFAGUARA

studocu

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

ALFAGUARA INFANTIL

studocu

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

ALFAGUARA

© Del texto e ilustraciones: 2013, Francisca Cortés Guarachi
© De esta edición:
2014, **Santillana del Pacífico S.A. Ediciones**
Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002
Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56 2) 2384 30 00
Telefax: (56 2) 2384 30 60
Código Postal: 751-1303
www.santillana.cl/lij

ISBN: 978-956-347-467-1
Inscripción Nº 204.315
Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición: marzo 2013
Cuarta edición: diciembre 2014

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Diagramación:
Daniel Brown
www.bookdesign.cl

Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia • Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

studocu

La Maravillosa Macedonia

Francisca Cortés Guarachi
Ilustraciones de la autora



ALFAGUARA INFANTIL

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Para el verdadero don Rafa:
magnífico padre, fantástico abuelo.

studocu

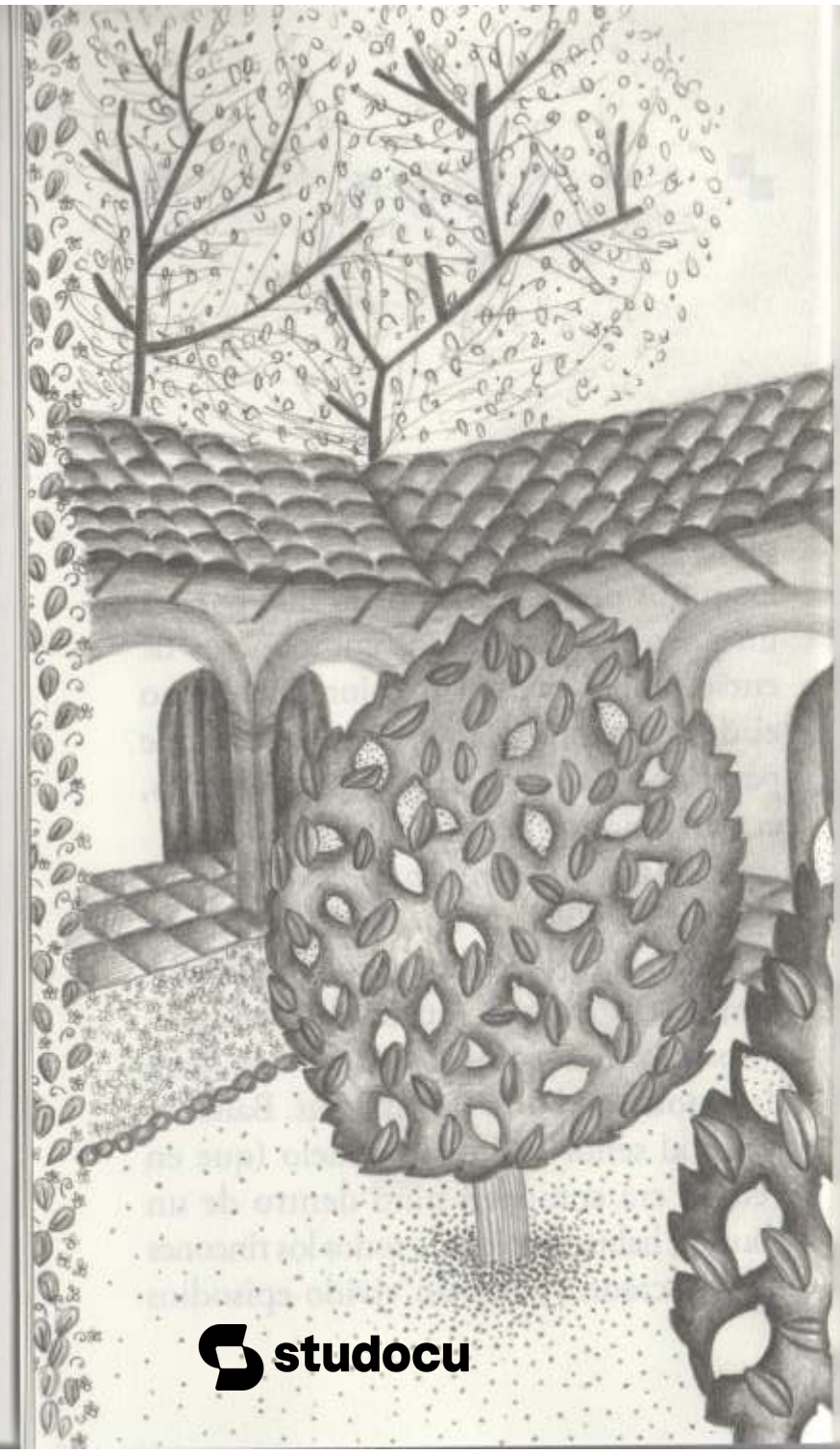
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

No comeré

Baltasar tenía diez años recién cumplidos. Era un niño flaquito y más bajo que los niños de su edad, por lo que parecía un poco menor que sus compañeros de curso. Tenía el cabello color miel como el de su mamá, pero era tan escaso que parecían unas pelusas. Baltasar, además, era un fanático de las aventuras.

Vivía con sus papás y su abuelo en el número 1647 de la calle Vidaurre, en Santiago. Era una gran casona de adobe pintada de rojo con muchas habitaciones y dos enormes patios interiores: uno lleno de limones y el otro de camelias. Baltasar, junto al señor Felito, su abuelo (que en verdad era como un niño dentro de un abuelo), habían explorado todos los rincones de esta casona y habían vivido epi

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



emocionantes, como aquella vez cuando ambos resolvieron el terrorífico misterio de la habitación embrujada: por las noches, el piano de cola resonaba como en un concierto, aunque nadie lo estuviese tocando. Finalmente, el misterio terminó cuando descubrieron a una familia de ratones viviendo dentro del abandonado y polvoriento instrumento musical.

El señor Felito, de grandes ojos grises cristalinos, era un exitoso comerciante, aunque Baltasar no sabía exactamente en qué consistía su negocio. Sin dudas, era el mejor compañero de juegos y parecía tener la habilidad de multiplicarse, pues aparecía siempre que Baltasar lo necesitaba. De él había aprendido a ser valiente, tanto, que se consideraba muy preparado para vivir la aventura que fuera… pero el pequeño no imaginaba siquiera los acontecimientos que estaban por suceder.

Todo comenzó un día a la hora del almuerzo, cuando Baltasar, como siempre, refunfuñaba porque no quería comer:

–Me duele la panza, mamá. Me...

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

le el colmillo, mamá. Tengo indigestión, mamá, ¡si como se me va a caer el ombligo! Mamá, por favor, esta berenjena se está moviendo. Aaah no, mamá, ensalada sí que no –decía el niño.

–Come tu espinaca, Baltasar, te hace bien –rogaba su mamá, Ana, que ya no sabía qué preparar para que su hijo comiera sus verduras: guisos, tortillas, budines y un sinfín de recetas súper deliciosas.

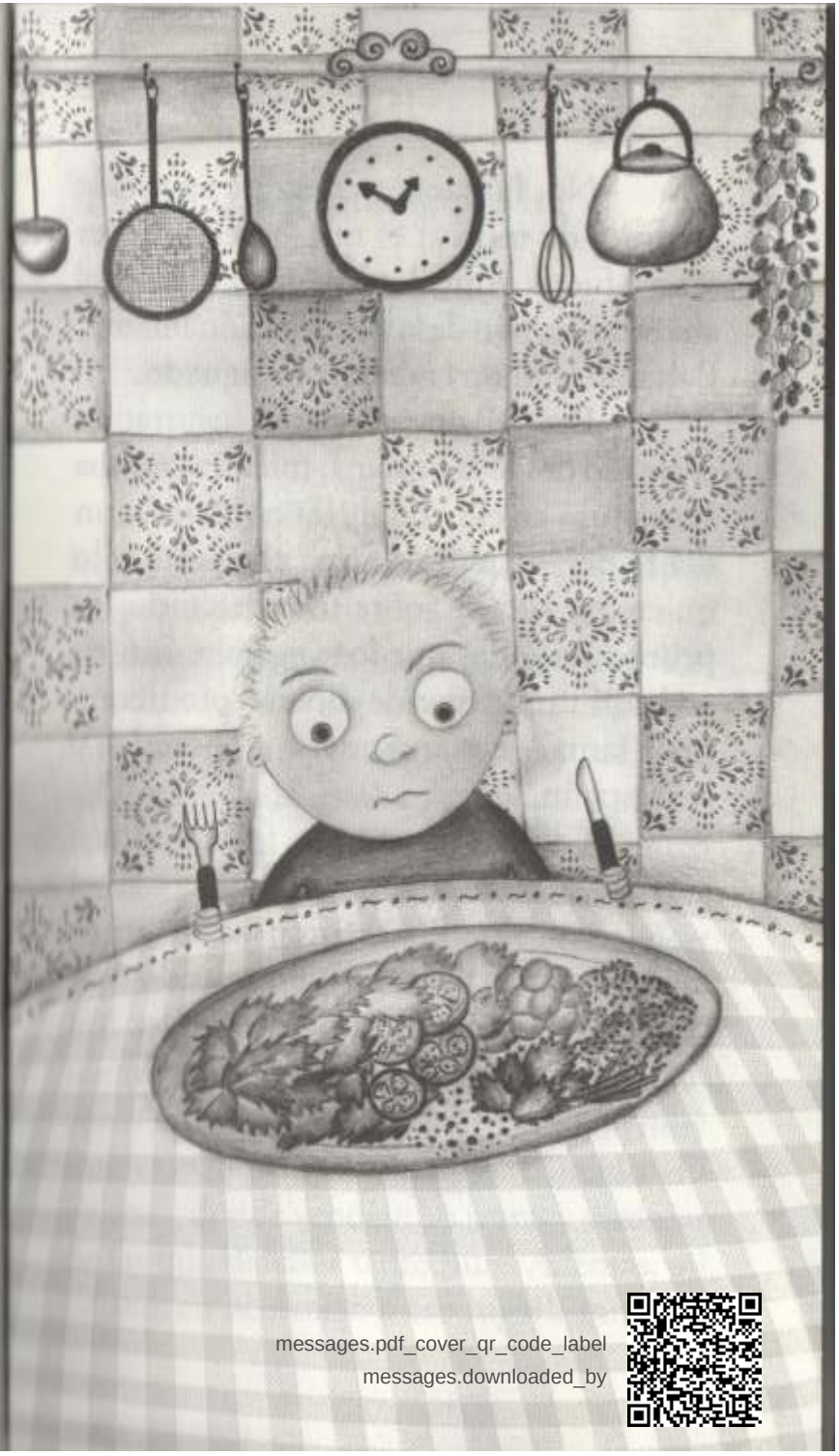
–Mamá, yo no como pasto, ¡eso es para los caballos! –decía si le servían berros o lechuga. Solo le gustaban las salchichas y el helado de chocolate, porque frutas para el postre ¡ni hablar!, ¡qué cosa tan insípida y de poca gracia!

–Con leche condensada o si no ¡NO!, mamá –exigía.

Hasta que Ana se hartó:

–Pues bien, Baltasar, si no quieres comer, no comas. Pero te quedarás sin helado. Tampoco comerás salchichas y ni pienses en golosinas.

–¡Pero, mamaaá! –la cara de Baltasar se puso roja de enojo.



studocu

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–No, Baltasar, tienes que aprender a comer de todo si es que quieres crecer sano y fuerte –dijo Ana, dando el clásico y aburrido sermón de la alimentación infantil. Baltasar salió de la cocina indignado.

–Pssst, ¡Baltasar! –llamó susurrando el abuelo desde la ventana, mientras regaba las plantas en el patio de las camelias–, un día te darás cuenta de que tu mamá solo quiere tu bien, y sobre todo, cuando los pruebes, notarás que los vegetales son en realidad un manjar de dioses, solo tienen mala fama, pero aprenderás a comerlos y te gustarán.

–Guácatela, verduras, frutas, ¡nunca jamás las comeré, me ponen la orejas verdes!

Excusas. Puras excusas de niño mañoso que lo llevarían a un mundo desconocido esa misma tarde, y esta vez iría solo, sin su abuelo.

studocu

La pileta de piedra

Baltasar salió por la puerta trasera hacia la calle, mientras que sus tripas empezaban a sonar de puro vacías que estaban. Se dirigía hacia la plaza del Gallo, donde convergían todas las calles del barrio. Era una gran plaza con suelo de adoquines que estaba rodeada de pintorescos locales comerciales, y en el centro tenía una hermosa pileta de piedra tallada con unos extraños símbolos que Baltasar no lograba interpretar.

Al llegar, el niño se dirigió directamente a su local favorito, «El Confite Jocoso», que estaba junto a otro local no muy interesante para el pequeño, llamado «El Fresco», donde vendían las frutas y verduras de las que Baltasar tanto huía. Además, ¡ni pensar en acercarse a ese lugar!, pue

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

atendido por un viejo muy extraño que tenía casi toda la cara tapada por un feo sombrero de fieltro que solo dejaba asomar una esponjosa barba gris y sus manos de dedos largos eran demasiado pálidas.

Una vez en «El Confite Jocoso», Baltasar, emocionado, elegía lo que iba a comprar.

–Quiero tres chocolatinas, dos barras de masticable, una de uva atómica y la otra de fresa chispeante, cuatro galletitas de vainilla rellenas y cuatro chicles, dos de menta y dos de fruta. Por favor –dijo Baltasar educadamente, como su mamá le había enseñado, estirando su mano con algunas monedas. El confitero, un señor bajito y gordo de enormes cachetes colorados (parecía estar acalorado todo el tiempo), lo miró con cara burlona.

–Con lo que traes, te alcanza para… mmm… una chocolatina y un chicle de menta, ¡ja! –y le arrebató sus monedas, pasándole la compra en una bolsa plástica de color naranjo fosforescente.



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages downloaded_by

Baltasar, frustrado, se comió su chocolatina y masticó un rato el chicle hasta que se le acabó el sabor… pero pronto comenzó a sentir hambre nuevamente y mucha sed. Se acercó a la pileta de piedra para beber un poco de agua y se sorprendió al notar que algo brillaba en el fondo.



studocu

–¡Qué buena suerte! ¡Una moneda de oro! –dijo–, ¡soy rico! Ahora podré comprar todas las golosinas que quiera y ese vendedor malas pulgas no se podrá reír de mí esta vez –pensó feliz, y se agachó para recogerla. Sin embargo, parecía que la gran moneda se arrancaba de sus manos, porque por más que trataba, no lograba alcanzarla. Así que se estiró extendiendo sus brazos tanto como podía, tanto, que cayó dentro de la pileta, consiguiendo atrapar la preciada moneda. Pero al sacarla del fondo, el agua empezó a evacuarse tal como si alguien hubiese tirado de la cadena del escusado. Y junto con toda el agua desapareció también Baltasar.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Una jungla misteriosa

Fueron dos minutos de recorrido (que a Baltasar le parecieron como dos largas horas) en un amplio túnel lleno de agua que estaba fuertemente iluminado, al punto de encandilar los ojos. El niño era velozmente empujado por la corriente, dando vueltas y vueltas, hasta que de pronto salió del túnel volando, cayó al suelo y perdió el conocimiento por algunos instantes.

Se incorporó mareado, atolondrado y completamente mojado; sentía como si hubiera salido expulsado de una centrífuga. La plaza, la pileta, la moneda… ¡todo había sucedido tan rápido! A su alrededor no escuchaba más que un sonido de agua que caía. Entonces, abrió los ojos y la sorpresa fue mayor: parecía estar en medio de una jungla, pues frente a él había una cascada rodeada de enormes plantas y un letrero de madera que decía con letras rústicas «La Maravillosa Macedonia» y una flecha que indicaba hacia la derecha. Aún tenía la gran moneda dorada entre sus manos, y como en una película comenzó a recordar lo que había sucedido aquella tarde.

–¡Rayos y centellas y chispas y luciérnagas! –exclamó (nuestro amigo era un tanto exagerado cuando se ponía nervioso)–. Parece que estoy en otro mundo… ¡magnífico! Nadie me encontrará jamás, nadie me obligará a comer lo que no quiero, mi suerte está empezando a cambiar, ni siquiera tendré que ir a la escuela, ¡iiiuuuujuuuu! –Baltasar estaba tan entusiasmado con su nueva situación, que no se dio cuenta y empezó a adentrarse cada vez más en la misteriosa jungla.

Caminó, corrió, saltó y trotó por los montes. Dichoso, continuó su rumbo, pues despertaron en él las ganas de explorar. Anduvo y anduvo, hasta que cayó la tarde. De repente se sintió hambriento y también sediento; definitivamente, ese

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



chicle de menta no había sido una buena idea, pues abrió aún más su apetito de tanto masticarlo.

–Quiero comer algo fresco –pensó. Miró hacia un lado, miró hacia el otro, y afortunadamente encontró un delicioso grupo de mandarinas que se asomaban por entre las ramas de un arbusto.

–¡Justo lo que se me antojaba! Qué frescura, qué delicia, qué dulzura, ¡esto es un manjar! –dijo ansioso. Tenía tanta hambre, que lo que antes no quería ni probar, ahora le parecía irresistible. Entonces arrancó un gajito y se lo echó a la boca.

–¡Aaaaaaaauuuuuchiiiii! –alguien exclamó con voz aguda. Baltasar escupió el gajo del susto–. ¿Quién te crees que eres? ¿Quién diantres eres? ¿Cómo te atreves a arrancar uno de mis gajitos? ¿Te crees peluquero, acaso? ¡Me dolió! Mis gajitos están verdes todavía –sollozaba la voz.

El niño no daba crédito a lo que veía. Se le quitó el hambre, la sed y el habla de la pura impresión, pues frente a sus ojos había una niña de rasgos orientales que se sobaba

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

una cabeza llena de mandarinas en vez de cabello. Suculentas y anaranjadas mandarinas que llevaba prolijamente peinadas. Enmudecido y con los ojos redondos por el impacto, el niño solo miraba atónito a la creatura que le hablaba.

–Hola, soy Marina, Marina Mandarina. ¿Y tú quién eres? ¿Cuántos años tienes? ¿Vas a la escuela? No te había visto nunca antes por acá… ¿Niño?, ¿niño?, ¡niñooooo! –Baltasar permanecía mudo–. ¿Por qué no me hablas, niño? Eres muy raro, ¿dónde está tu cultivo cabelludo? Solo veo pelusas en tu cabeza; ¿te has regado lo suficiente?

–Ho-ho... hola, soy Baltasar, ¡adiós! –Y salió corriendo en dirección contraria lo más rápido que pudo, espantado por lo que acababa de suceder. Corrió y corrió y corrió, y cuando se cansó, paró, se echó en la raíz de un árbol y al llegar la noche se durmió.



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Alcachofa y Zanahoria

Baltasar despertó a la mañana siguiente muy confundido, pensando que todo lo sucedido había sido un loco sueño, y se hizo el ánimo para ir al colegio como de costumbre. Pero imprevistamente, le cayó un chorro de agua fría en su cabeza.

–Bien regado –dijo un niño con cabello de zanahorias peinado al estilo punk. Sorprendido, Baltasar se dio cuenta de que no estaba soñando: estaba perdido en un mundo desconocido y pensó que quizás se quedaría atrapado ahí para siempre. Y, por un momento, se alarmó.

–¿Ven? ¿No les decía yo? Este es el niño «cabeza de pelusa» del que les hablé. Peculiar, ¿verdad? –dijo Marina Mandarina a sus amigos.

studocu

–¡Guaaaaau!, qué cosa tan rara, quizás ahora que lo regaste germine su cultivo, pobrecito –comentó una niña bajita con cabello de alcachofa. Baltasar nunca se sintió tan observado como aquella vez.

–Hola, Baltasar –saludó Marina.

–¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? –respondió.

–¡Aaahh, entonces eres extranjero! Ahora entiendo, por eso tienes esa rara cabeza de pelusa –dijo Marina, mirándolo fijamente de arriba a abajo, e hizo una pausa–. Estás en la Maravillosa Macedonia, y estos son mis amigos Adelfa Alcachofa y Zam Zanahoria.

–¡Hola, Baltasar! –saludaron Adelfa y Zam a coro (los niños de este mundo sí que eran amigables)–. ¿De dónde vienes tú?

–De mi casa, o sea, estaba en la plaza del Gallo y de pronto llegué aquí. Vivo en Santiago, mi país se llama Chile.

–¿Chiiiiileeeee? ¡Ja, ja, ja! –rieron los pequeños macedonios.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–Nosotros tenemos un amigo que se apellida así, pero con una S al final, se llama Chad Chiles y es pura sazón, alegre como ninguno –dijo Adelfa–. Estamos yendo a almorzar, ¿quieres venir con nosotros?

El pobre Baltasar tenía un hambre voraz, no había comido nada desde el día anterior, por lo que aceptó encantado.

Caminaron hacia a una llanura sin sombra y Baltasar se sorprendió al ver que llegaban al lugar centenares de creaturas similares a sus nuevos amigos: todos tenían el cuerpo de una personita, pero en vez de cabello, les habían crecido frutas y verduras en sus cabezas. Había brócolis, espinacas, papas, repollos, lechugas, espárragos y hasta porotos. Frutas como cerezas, manzanas, piñas y frambuesas completaban la curiosa población. A Baltasar, de pura hambre, se le hacía agua la boca e imaginaba a todas estas verduras y frutas ya preparadas en un plato; ¡qué daría por un gran cucurucho de papas fritas!

–Hora de almorzar, Baltasar, ven con nosotros –dijo Marina, tomándole

studocu

la mano. Y el niño partió feliz. Marina, Adelfa, Zam y todo el resto de los chicos de la Maravillosa Macedonia se cuadraron en la llanura, abrieron los brazos y se pusieron de cara al sol.

–¡¿Qué hacen?! ¿Se quieren broncear? –preguntó Baltasar.

–Estamos almorzando, niño –dijo Marina–. Esta es la hora perfecta para hacer fotosíntesis, así nos alimentamos nosotros; ¿cómo quieres que crezca nuestro cultivo cabelludo si no podemos hacer nuestra fotosíntesis? Para eso necesitamos al sol. ¿Acaso tú no tienes hambre? ¡Ven a hacer fotosíntesis con nosotros!

Baltasar no lo podía creer; o sea, ¿que estos seres vivían de puro sol y agua? ¡Y a él la panza le sonaba como una trompeta!, ya no aguantaba el hambre que tenía.

–¿No vas a almorzar? –preguntó Marina.

–Es que yo no puedo alimentarme así, yo preferiría comer comida-comida… como las mandarinas que están en tu cabeza –respondió el niño.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



Todos los seres que en ese momento hacían la fotosíntesis muy concentrados voltearon rápidamente a ver a Baltasar.

–¡Un humano! –exclamaron a coro todos los niños locales, que miraron a Baltasar con caras de asombro–, ¡hay otro humano en la Maravillosa Macedonia! –la presencia del visitante les causó cierto recelo. Marina sonrió y dijo:

–Tranquilos, compañeros, este niño extranjero es inofensivo, y por lo que he podido ver, ha llegado acá por accidente, seguramente viene de un país hermoso lleno de flores y colores, ¿no es así, Baltasar? ¿Verdad que eres un niño totalmente bonachón?

Marina era absolutamente optimista, siempre fantaseaba con mundos de colores y princesas de cultivos cabelludos dorados como el trigo. Baltasar, con la boca abierta y ojos redondos, permanecía impávido ante lo que estaba viendo.

–Con que un humano, mmm… Ahora entiendo todo perfectamente –señaló Zam–, tú comes lo que n

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

cosechamos. No te preocupes, niño, tienes suerte de que exista aquí uno de los tuyos. Te llevaré a la peluquería de don Rafa. Él también es humano y come como tú, quizás pueda darte algún bocadillo.

Baltasar seguía un poco confundido, ¿qué cosechaba esta gente?, ¿y para qué? Sin duda, pensaba que tenían un modo de vida rarísimo.

Zam, junto a Adelfa y Marina, llevaron a Baltasar en dirección al refugio de don Rafa. El niño humano estaba notoriamente inquieto debido al hambre y a la incertidumbre que le generaba este país desconocido y esta gente extraña.

–Amigo Baltasar, no te apenes, aquí en la Maravillosa Macedonia no hay nada que temer –dijo con seguridad Adelfa, y Baltasar respiró aliviado. Pero en realidad la pequeña desconocía todos los misterios de su tierra.

Caminaron por largo rato a través de prados y bosques rumbo a su destino. Marina habló sin parar casi todo el camino e hizo muchas preguntas a Baltasar, que

studocu

empezaba a sentirse un poco fastidiado por la niña parlante, mientras Adelfa y Zam reían discretamente por la graciosa situación. Hasta que por fin llegaron al ansiado refugio: la Peluquería Podar.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

El peluquero

Rafael Tijeras había llegado por primera vez a la Maravillosa Macedonia hacía varias décadas, siendo aún un niño. También vivía en Santiago, pero era oriundo de Villa Alegre, una apacible comuna muy al sur de esa ciudad. Rafael Tijeras era ahora un hombre mayor, o sea, un anciano, o sea, un viejito. Una espesa barba plateada cubría la mitad de su arrugada cara. Tras unos gruesos anteojos que parecían fondos de botella (los usaba para desmochar con cuidado) se dejaban ver unos ojos de color gris azulado tan claro que parecían dos espejos.

Rafael Tijeras era un hombre genial, a pesar de su tosco aspecto y seco carácter. Su llegada había sido de gran ayuda para la Maravillosa Macedonia, pues había

fundado la Peluquería Podar, donde todos los habitantes del país iban a poderarse cada vez que sus cultivos cabelludos se hacían demasiado abundantes. La cosecha obtenida por don Rafa era luego llevada por él mismo a Santiago, donde poseía un pequeño pero afamado almacén de barrio. Ahí comercializaba todas las frutas y verduras de la Maravillosa Macedonia, que por su vivo color y notable sabor eran consideradas como «vegetales de otro mundo» por sus comensales.

Y la verdad es que sí, eran vegetales de otro mundo, pero esto solo lo sabían don Rafa y los habitantes de dicho mundo, quienes agradecían el hecho de que el anciano mantuviera sanos sus cultivos cabelludos. Así, Rafael Tijeras, con su noble oficio, estableció su vida como un ciudadano más de la zona, siendo el único que conocía el modo de entrar y salir de este lugar increíble… hasta ahora.

–¡Aaaaaló! –llamó Marina a la puerta–. ¡Don Rafa! ¡Soy Marina Mandarina y traigo a un niño famélico! ¿Nos ayuda?

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–¡Llévalo a la llanura para que agarre un poquito de sol y lo riegas, pues, niña! –se escuchó una voz desde el interior del recinto, es que Rafael Tijeras tenía un modo rudo para hablar.

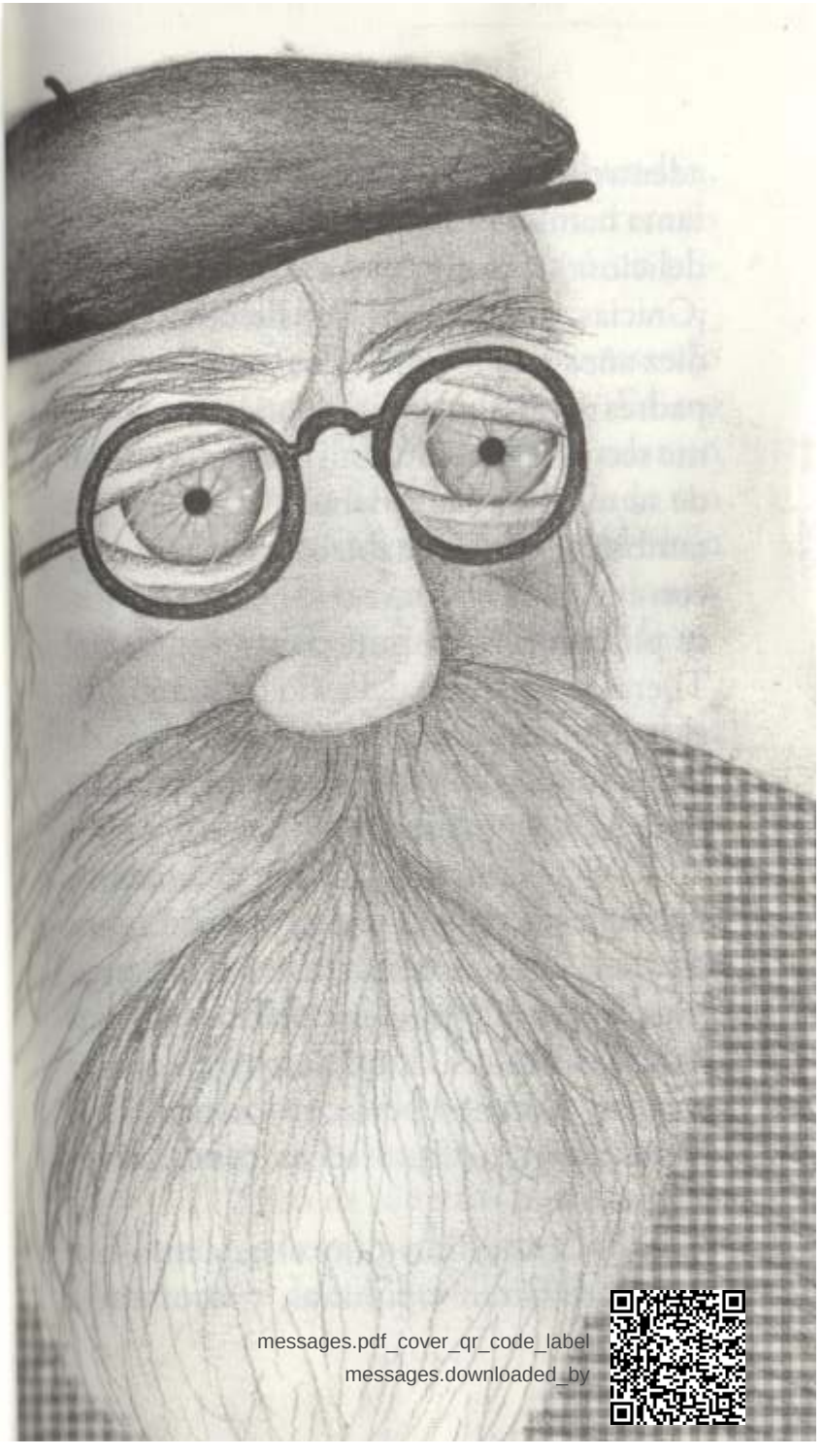
–¡Don Rafa, el niño no es macedonio como nosotros, es h-u-m-a-n-o! ¡Y es de Santiago de Chile!

El anciano de ojos de espejo salió de la peluquería al instante, pues jamás otro humano había pisado esas tierras. Además, don Rafa, siendo originario también de aquel país largo y aflautado, se sintió inmediatamente identificado con Baltasar, que lo miraba con los ojos lánguidos, pues ya se sentía débil por la falta de comida.

–Hambreee –solo pudo decir el niño. Don Rafa lo miró absorto.

–Pasen, niños, pasen. Justamente me aprontaba a almorzar, tengo unos garbanzos con zapallo que preparé con los ingredientes que dejó la última cosecha –y sin preguntar, le sirvió un gran plato caliente a Baltasar, quien literalmente lo engulló.

–Delicioso, delicioso –decía para sus



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

adentros, y pidió un poco más (es que con tanta hambre, cualquier comida le parecía deliciosa). Por fin, el niño volvía en sí–. ¡Gracias, don Rafa! Yo soy Baltasar, tengo diez años recién cumplidos y vivo con mis padres y mi abuelo en Santiago, y usted me recuerda mucho a mi abuelo, es como de su misma edad y tiene muchas arrugas también –el niño hablaba muy rápido y con entusiasmo, como si le hubiesen puesto pilas nuevas después de comer. Rafael Tijeras no se sintió del todo halagado con el comentario sobre las arrugas, pero de todos modos el niño le pareció bastante simpático y honesto.

El peluquero miró con detención a Baltasar y le pareció muy enjuto. Luego, sacó una enorme cesta con las más llamativas frutas que pudieran existir: jugosas naranjas, dulces duraznos, refrescantes sandías, plátanos perfectos, manzanas a punto, y algunos frutos secos, como nueces y almendras.

–Chiquillo –dijo el anciano–, a ti solo te faltan vitaminas, y aquí en la

studocu

Maravillosa Macedonia estas abundan. Si comes de nuestros productos crecerás rápido como un brote –y le pasó un puñado de brillantes nueces.

Baltasar se miró al espejo pensando si este señor tendría o no razón. En ese momento entró a la Peluquería Podar un niño macedonio de cultivo cabelludo tan grande, que parecía estar peinado al estilo afro: tenía la cabeza repleta de arándanos, muchísimos, como si fueran miles de tupidos rizos.

–Buenas tardes, don Rafa, mi mamá dijo que si no venía hoy a cosecharme me castigaría sin salir a jugar al fútbol esta tarde. ¿Me poda, por favor?

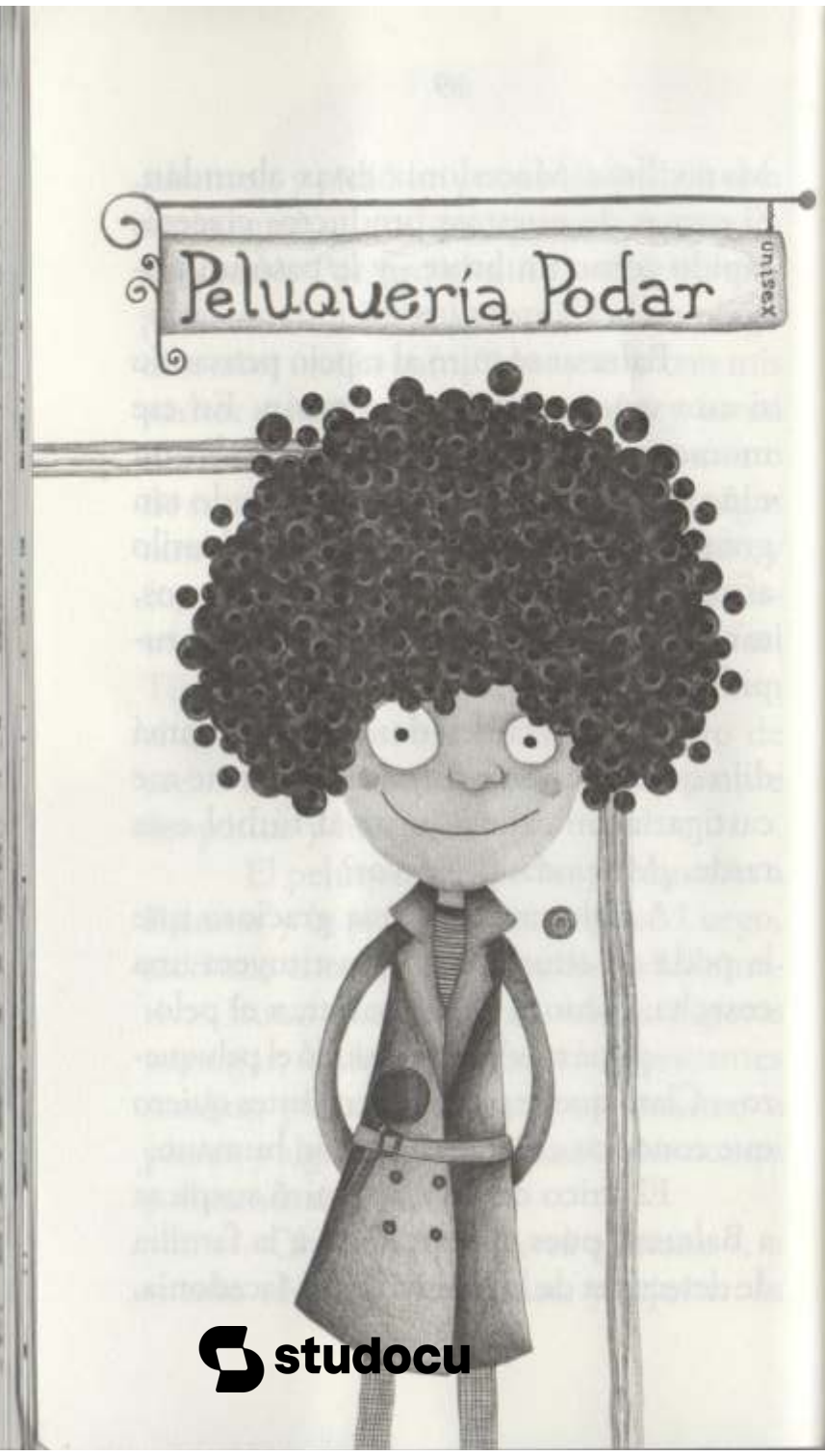
A Baltasar le parecía gracioso que la poda de estos chicos constituyera una cosecha, como si a él le cortaran el pelo.

–¿Qué tal, Aarón? –saludó el peluquero–. Claro que te podaré, pero antes quiero que conozcas a Baltasar, el niño humano.

El chico de los rizos miró suspicaz a Baltasar, pues él pertenecía a la familia de detectives de la Maravillosa Macedonia.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by





familia de inigualable capacidad de atención y memoria. Comprobando mediante un completo análisis visual que Baltasar era inofensivo, extendió su mano cortésmente para saludarlo.

–Hola, niño, yo soy Aarón Aránda-no. Ahora dime… ¿cómo es que llegaste hasta aquí? ¿Quién te trajo y en qué medio de transporte? –preguntó el pequeño de cabello afro con un tono inquisitivo, como buen detective, y luego se sentó en la silla peluquera para ser podado.

–Yo solo estaba comprando dulces en la plaza, cuando quise beber un poco de agua de aquella hermosa pileta y encontré esta gran moneda dorada y…

–¡El Medallón Maestro! –interrum-pió sin querer don Rafa, dejando caer las tijeras al suelo.

–¿Qué? –preguntaron los niños al mismo tiempo.

–No es nada… –respondió el anciano–, es solo que Baltasar ha traído recuerdos a mi memoria.

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

El Medallón Maestro

Rafael Tijeras había llegado a la Maravillosa Macedonia del mismo modo y a la misma edad que Baltasar. Movido por la tentación de las golosinas, también fue a parar a la plaza del Gallo, y a su vez la ambición por alcanzar la moneda dorada en el fondo de la pileta lo hizo abrir la puerta hacia un mundo desconocido. Desde el momento en el que atravesó por primera vez el túnel incandescente, comenzó a visitar de forma recurrente aquel mundo increíble. La moneda dorada no era otra cosa que el valioso Medallón Maestro, la llave que abría las puertas de entrada y salida del lugar. Era invisible para la mayoría de los mortales, pues era la misma Maravillosa Macedonia la que lo hacía aparecer de repente, seleccionando así a las personas que debían ingresar en

studocu

ella. ¿Cómo? ¿Que por qué solo escogía a algunos? Nadie lo sabe…

–Baltasar, debes darme el medallón de inmediato, no puede perderse jamás –señaló con seriedad don Rafael–, ¡debo devolverlo a su lugar!

Después de que Baltasar tomara la moneda, sin darse cuenta había sido expulsado hacia la cascada Suko, que además de corresponder al final del túnel incandescente, era la caída de agua que regaba a los macedonios. El Medallón Maestro debía ser arrojado en la cascada una vez que quien viajaba por el túnel aterrizara en la Maravillosa Macedonia. Solo así podría volver a aparecer en la Tierra cuando fuera necesario.

El chico le devolvió el medallón al peluquero sin chistar, olvidándose de los dulces que quería comprar con él. Entendió que no era dinero, sino más bien una reliquia esencial para la Maravillosa Macedonia. En ese momento, se dio cuenta de que esa «moneda» tenía grabados los mismos símbolos que estaban tallados en la pileta de piedra donde la había encon

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–¿Don Rafa? –preguntó Baltasar–. ¿Cómo puedo avisarle a mi mamá que estoy bien? ¿Puedo llamarla por teléfono? –el niño estaba teniendo esa inquietud desde hace un rato.

–Baltasar –respondió–, puedo asegurarte que tu mamá no notará tu ausencia, pues en este lugar el tiempo transcurre más lento que en la Tierra: mientras acá pasa un mes, allá pasan solamente unas horas –Baltasar respiró aliviado–.

–Bien, niños, debo seguir trabajando, tengo una larga fila de ciudadanos esperando que los atienda. Ojalá que ya te sientas mejor y que disfrutes tu estadía aquí, Baltasar. Este es un país lleno de sorpresas –dijo don Rafa con tono de misterio, y volvió a su oficio diario: podar los cultivos cabelludos de los macedonios.

Los chicos salieron de la Peluquería Podar muy intrigados, tratando de imaginarse cuál sería la importancia de aquel medallón dorado que Baltasar había devuelto al anciano.

–Es una joya exclusiva, seguro debe ser eso –dijo Adelfa.

studocu

–¡Sí! Probablemente perteneció a una hermosa princesa en el pasado, un príncipe se la debió regalar el día en que le declaró su amor y vivieron felices para siempre y por siempre en un palacio de color rosa que… ¡brillaba como el sol! –imaginó Marina, que por supuesto comenzó a fantasear.

–Marina, tú tan ilusa –aclaró Zam–; no es una joya de princesa, sino una medalla olímpica que debe haber pertenecido al gran Pelópidas Palta, por lejos el mejor atleta que haya existido jamás en la Maravillosa Macedonia.

–¿El papá de Policarpo? –preguntó Aarón, y continuó–: Él está en mi curso y es muy veloz; ¡es que la familia Palta tiene muchísimo vigor!

–A mí no me gusta mucho la palta, prefiero el ketchup –agregó Baltasar.

Y así, los pequeños siguieron especulando y charlando por largo rato hasta que comenzó a anochecer. Mientras tanto, sin que los niños se dieran cuenta, un par de ojos maliciosos los espiaban entre los arbustos.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



Zucaralia

Roscón Orondo era el propietario de El Confite Jocoso, el almacén favorito de muchos niños. Era un hombrecito fofo y sudoroso de mejillas enrojecidas. Roscón Orondo, «un hombre de gozo redondo», decía su consigna.

De profesión cocinero y graduado en golosinería, Roscón Orondo fue bautizado así ya que al nacer sus padres lo vieron muy parecido a un bollo dulce. Siempre fue el más grueso dondequiera que fuera: en el jardín infantil, en el colegio, en la universidad, en el trabajo.

Roscón Orondo ya estaba cansado de ser el más rechoncho, pero le gustaba tanto comer porquerías, que si él no lograba adelgazar, pues se las arreglaría para hacer engordar a todos los demás. Es p

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

que dedicaba su vida a la creación de las más exóticas golosinas, inventando sabores y colores tan artificiales como atrayentes para así convertir sus productos en la perdición de muchos niños.

Pero este ambicioso cocinero, no conforme con el éxito de sus chucherías, decidió ir más allá: quería que su negocio traspasara horizontes y necesitaba trabajadores que lo ayudaran en esta tarea. Sin embargo, Roscón Orondo no tenía amigos a quienes pudiera contratar y tampoco lo habría hecho, pues sus recetas eran ultra archi secretas y nadie más que él debía conocerlas. Así que no le quedó otra que engendrar a sus propios operarios. ¿Cómo? ¡Fácil! Dándole vida a las mismas golosinas. ¿Y cómo? ¡Pues más fácil aún! Con la siguiente fórmula: azúcar + bicarbonato + gelatina saltarina (inventada por él, claro) + amarillo crepúsculo + azorrubina = corazón de golosina. Y así nacieron Trudis Trufa, Melvin Malvarado y Cleto Chiclete, su primera cuadrilla.

Bajo El Confite Jocoso, en el subterráneo, don Roscón primero instaló una pequeña



studocu
messages.pdf_cover_crop_de_label
messages.downloaded_by

fábrica, que con el tiempo se fue ampliando. Pronto ya no eran solamente Trudis, Melvin y Cleto, sino que más de un centenar de operarios. A medida que el negocio se hacía próspero, don Roscón iba comprando los subterráneos vecinos y la fábrica fue creciendo, al punto de convertirse en una ciudadela bajo tierra, a la que hizo llamar Zucaralia. Solo uno de los vecinos se negó a vender su subterráneo, quedando aislado en medio de la fortaleza de las golosinas.

El subterráneo aislado correspondía a la bodega de El Fresco, el negocio de verduras y frutas que a don Roscón tanto le disgustaba, ya que entorpecía sus ventas. Cada vez que pasaba un niño con su madre y le decía: «¡Mamá, mamá!, ¿me compras un dulce?», esta se negaba y se dirigía al almacén de los vegetales, respondiendo: «No, hijito, mejor te compraré unas moras, son más sanas y muy dulces también».

¡Agh! ¡Qué fastidio! Sin duda esto robaba mucha clientela a Roscón Orondo, quien imaginaba todos los billetes que estaba perdiendo por culpa de la verdulería.



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

El dueño de El Fresco era un viejo que mantenía su bodega completamente sellada, con una puerta que no tenía ni siquiera una chapa que se pudiese franquear. En medio de dicha puerta solamente había una matriz redonda con inscripciones muy extrañas, como las que tenía la pileta de la plaza del Gallo. A Roscón Orondo, además de la rabia que le daba el no poder poseer aquel subterráneo, le generaba una curiosidad absoluta que este estuviera tan protegido.

–Maíz de oro o lentejas de plata o arvejas de esmeralda… ¿qué guardará ahí ese verdulero enigmático? –especulaba con rencor, entrecerrando los ojos con el ceño fruncido, mientras le corría por la frente una gota de transpiración de la pura rabia que le tenía al viejo verdulero.

De todos modos, el negocio de Roscón Orondo era un éxito. Sus estrafalarios sabores extremadamente dulces, acompañados de colores chillones, encantaban a los niños. Más bien, los volvían fanáticos, casi adictos. Ese hombre de gozo redondo y sus secuaces hacían un flaco favor a los chicos,

studocu

pues además de hacerlos malgastar sus monedas, la población infantil de Santiago comenzó a engordar de forma exagerada y las caries llegaron a invadir esos tentadores dientes caramelizados. Roscón Orondo era rico, y con tanto dinero Zucaralia se hacía cada vez más poderosa. Entre más golosinas comían los niños, mejor para él, para Trudis, para Cleto y para Melvin.

Pero Roscón Orondo tenía una inquietud que por esos días no le permitía ser del todo «un hombre de gozo redondo»: necesitaba descubrir lo que había en la bodega secreta del viejo verdulero. Y se las ingenió para conseguirlo. Durante días estudió los pasos del anciano, fijándose bien en qué horario bajaba al subterráneo. Así notó que cada vez que volvía traía un gran cajón con verduras y frutas frescas.

–Cómo es posible, guarda sus productos por días en esa bodega y no se le pudren. ¡Y la fruta parece recién cortadita de sus matas! ¿Tendrá un refrigerador secreto allá abajo? ¿O será que tiene una huerta escondida? –especulaba Roscón. A

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

tuvo claridad sobre los movimientos del verdulero, decidió actuar. Personalmente no, claro, no era tan valiente como para atreverse a ir él mismo a investigar qué diantres se escondía en ese subterráneo. Así que mandó a Melvin Malvarado.

–Pero, jefecito, ¿por qué yooooo? –alegó el obrero. Sus engendros estaban vivos, pero eran muy flojos, en especial Melvin, gordito, sustancioso, blanquito y esponjoso como una nube tipo cúmulo... estaba hecho de malvavisco.

–Tú, Melvin, sí, seguirás al verdulero mañana. Descubrirás lo que esconde y me harás un informe completo al respecto –ordenó don Roscón.

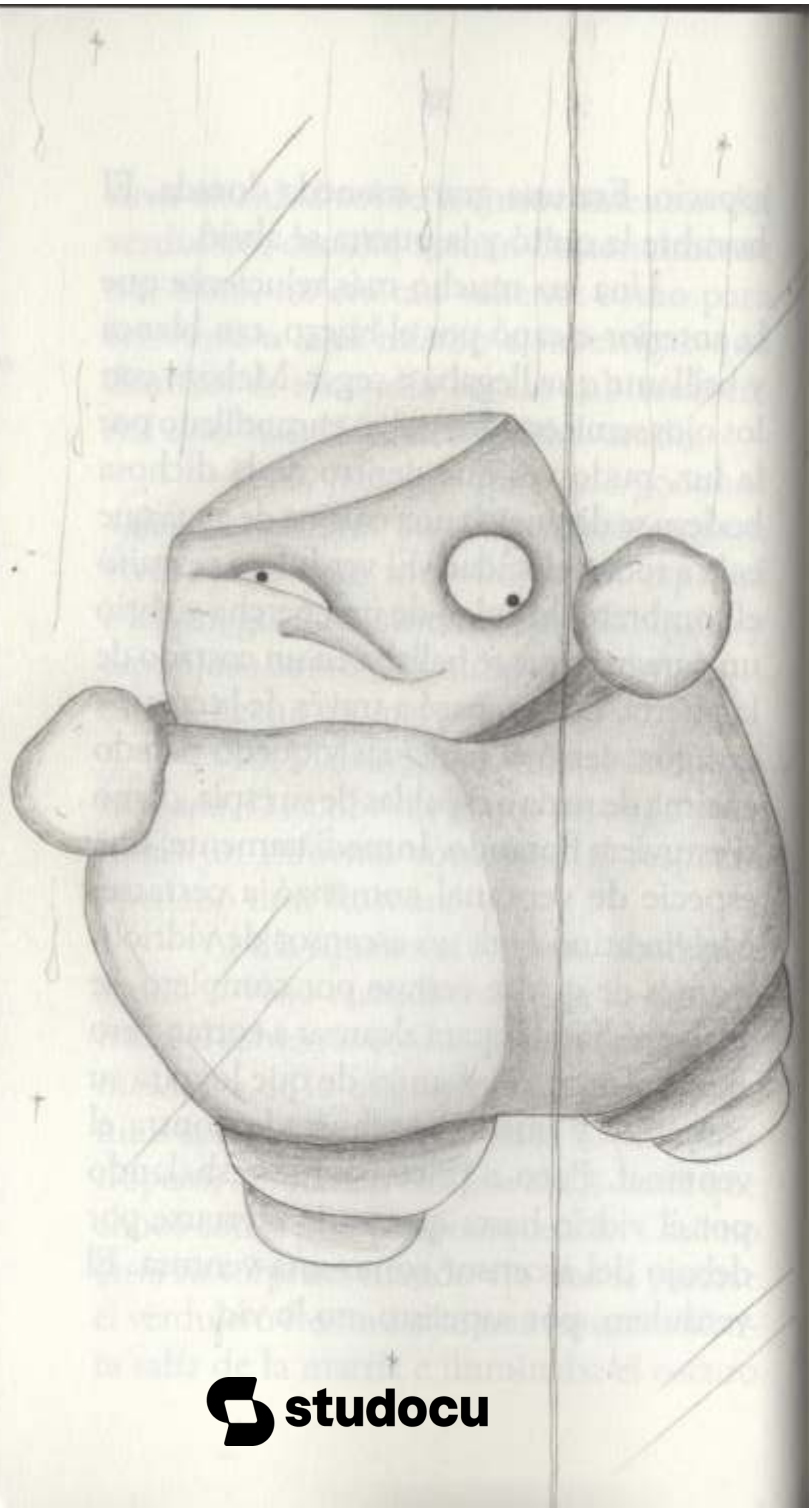
Al día siguiente, Melvin, obediente siguió al viejo cuando bajó por la escalera hacia el subterráneo. La escalera era mucho más larga de lo que se imaginó y sus piernitas cortas dificultaban tanto su paso, que tropezó, rebotando escalera abajo hasta que chocó con la puerta infranqueable. Cuál no sería su sorpresa cuando vio que al pararse el verdulero frente a ella, una luz amarillenta salía de la matriz e iluminaba el oscuro

studocu

espacio. Era una gran moneda dorada. El hombre la quitó y la puerta se abrió.

Una luz mucho más reluciente que la anterior escapó por el hueco, tan blanca y brillante que llegaba a cegar. Melvin, con los ojos semicerrados y algo encandilado por la luz, pudo ver que dentro de la dichosa bodega se distinguía una cortina de agua que caía a toda velocidad. El verdulero se quitó el sombrero, lo colgó de una percha y abrió un paraguas que se hallaba en un costado de la puerta. Luego, pasó a través de la cortina de agua, cerró el paraguas y quedó parado encima de nada a espaldas de su espía, como si estuviera flotando. Inmediatamente, una especie de ventanal comenzó a cerrarse. Melvin atinó (¡era un ascensor de vidrio!), y antes de que se cerrase por completo, se abalanzó hacia él para alcanzar a entrar. Pero el ascensor se cerró antes de que lograra su cometido y quedó apachurrado contra el ventanal. Poco a poco, se fue resbalando por el vidrio hasta que pudo aferrarse por debajo del ascensor como una ventosa. El verdulero, por supuesto, no lo vio.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



Estadía de aventuras

–Vengan, chicos, presentemos a Baltasar al resto de los compañeros –dijo Marina–. ¿Sabías que vamos todos al mismo colegio? Nos enseñan muchas materias importantes, como cultivo, riego, tierra, abonos, idiomas y economía mundial. Sí, es un colegio muy bonito, la Escuela Nacional Semilla Naciente –mencionó con tono solemne, y cantó con orgullo el himno estudiantil–:

«¡Semiiiiilla Nacieeeente
Te enseeeeña, te guiiiiía
Y te haaaaace valiente!
Por los trigales de mi país,
Semilla Naciente ¡te hace feliiiz!
¡Lará-lará-lariiiií!».

–Cómo es de habladora esta chica –pensó Baltasar para sus adentros. De pr

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Aarón, con ojos muy atentos, hizo callar a Marina tapándole la boca.

–¡Shhhhhh! ¿Escucharon eso?

–¿Qué cosa? –respondió Zam.

–Eso, ¡eso! Creo que alguien nos está siguiendo –continuó Aarón.

–Aarón, ya estás imaginando locuras –dijo Marina, y continuaron su recorrido. La verdad era que Aarón se concentraba tanto en lo que pensaba (lo que lo hacía un gran detective), que a veces llegaba a escuchar e incluso ver algunas de sus ideas. Pero Aarón estaba en lo cierto, hacía ya algunos días que los chicos estaban siendo acechados sin sospechar absolutamente nada.

–¡Chicos! ¡Por fin llegaron! Los estábamos esperando para el riego general, debemos ubicarnos bajo la cascada ahora mismo –les gritó un niño con cara ácida y la cabeza llena de limones.

–Este es Lewis Lima, Baltasar. Bueno, y para todos, este es Baltasar Humano, viene de Chile –dijo Zam.

Así, Baltasar conoció al resto de los niños de Macedonia. Algunos de los

studocu

que estaban ahí eran Zoe Zapallo, Edson Espárrago (bautizado así porque su padre era fiel seguidor de Pelé), Pura Pera, el gran atleta Policarpo Palta, Mabel Maíz, Bella Cebolla y Carri McCherry. En fin, Marina tenía muchos amigos, más de los que él mismo tenía.

El riego de los niños macedonios era el equivalente al baño que se daba Baltasar cada noche. Él se bañaba en una ducha, y ellos, bajo la cascada Suko, un gran chorro de agua un poco más fría que su ducha y que dejaba a los niños impecables después de un intenso día de juegos. Además, quedó muy impresionado cuando se enteró de que estos chicos no tenían sangre, sino tierra corriendo por sus venas, la que necesitaban hidratar con sus riegos diarios.

Baltasar pudo ver también que los frutos que nacían en las cabezas de



messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

los macedonios salían igual que las camelias que había en su patio: cada cierto tiempo, las abejas, atraídas por el color de las flores que nacían de los cultivos cabelludos, se posaban sobre una de ellas para obtener su dulce néctar. Cuando obtenían su recompensa, buscaban otra flor, arrastrando el polen que quedaba pegado a sus patitas. De esta manera iban dejando polen de flor en flor, produciéndose la polinización y haciendo nacer el fruto.

El niño chileno pasó unos días fantásticos en la Maravillosa Macedonia, a diario comía con don Rafa en la Peluquería Podar y ya había probado bastantes verduras, todo tipo de guisantes y muchísimas frutas. Ahora todo le sabía delicioso, incluso había aprendido algunas recetas y don Rafa realmente lo apreciaba. Como en la Maravillosa Macedonia no existían las golosinas, las había olvidado casi por completo. Tampoco había salchichas ni helado de chocolate. Pero sí muchos plátanos, que le fascinaban. El peluquero le había dado a probar de casi todos los vegetales,

studocu

incluso coles de Bruselas, que le parecieron bastante pasables, aunque seguía pensado que no tenían muy buen aroma.

Había enseñado a sus nuevos amigos a jugar al tenis, tal como su abuelo Felito le enseñó a él. Cerca de la llanura fabricaron una pequeña cancha, para la cual tejieron una red con hojas de palmera, y con raíces secas armaron una pelota que rebotaba bastante bien.

Por otro lado, Edson Espárrago le enseñó a Baltasar la mejor jugada futbolera que pudiera imaginar: agarrar vuelo, correr en zigzag, una finta, otra finta, hacer creer al adversario que pateará a la derecha, pero patear a la izquierda… y gol seguro. Por su parte, Baltasar le enseñó a Edson un truco del tenis que no mencionó a los demás: «topspin», un efecto para que la pelota rote sobre sí misma y hacia adelante. Sí, había sido una estadía maravillosa en la Maravillosa Macedonia, pero extrañaba a su abuelo Felito... ¡Cómo hubiese disfrutado junto a él esta fantástica aventura!

Sin que Baltasar pudiese perca

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

tres semanas pasaron rápidamente. Junto a sus nuevos amigos vivió momentos tan increíbles, que solo esperaba el momento de poder contárselos a su abuelo.

Ahora, sus pantalones extrañamente llegaban sobre sus tobillos... ¿se habían acortado? ¡No! Baltasar había crecido.

Golosinas infiltradas

Melvin Malvarado estaba nervioso, había mucha agua cayendo a toda velocidad e iba por un túnel tan iluminado, que pensó que iba a derretirse. Pero se distrajo con algo bonito: la luz que pasaba a través del agua formaba un arcoíris. Tan contemplativo iba que no puso atención cuando el ascensor tocó fondo, quedando aplastado como una tortilla. Entonces, el ascensor se abrió y nuevamente se podía ver nada más que la cortina de agua que formaba la cascada Suko. El verdulero, sin vacilar, abrió su paraguas, la atravesó y desapareció.

–¡Se me escapa! –pensó Melvin, que arrastrándose con mucho esfuerzo salió por debajo del ascensor totalmente aplanado y cruzó la cortina de agua. Inspiró enérgicamente para volverse a inflar y con la

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

mirada aún borrosa por el agua en sus ojos vio el letrero que decía «La Maravillosa Macedonia» y una flecha que indicaba a la derecha. Cuando logró erguirse, el verdulero ya se le había adelantado cien metros y tuvo que correr para alcanzarlo.

–¡Mmmhhhhhh!¡Fuuuuuuuuuh! ¡Mmmmmhhhhhhh! ¡Fuuuuuuuuh! –se ventilaba el pobre Melvin, agotado luego de haber corrido la carrera más larga de su vida.

Habían llegado a un refugio que tenía una placa escrita con muchos cuescos de distintos frutos que decía «Peluquería Podar». El pequeño malvavisco se escondió tras un árbol para pasar inadvertido. Un cartelito colgado de la puerta decía «cerrado». El viejo verdulero volteó el cartel, que al reverso decía «abierto», quitó el candado y abrió el recinto. Era Rafael Tijeras, el mismísimo a quien la Maravillosa Macedonia le había concedido la posibilidad de ingresar a ella por una estación del túnel incandescente, evitando así tener que ingresar siempre por la pileta de la

studocu

plaza del Gallo, pues si era visto levantaría sospechas. Esa estación se hallaba justo en el subterráneo de su almacén.

Decenas de personajes llenos de frutas y verduras en sus cabezas comenzaron a llegar a la peluquería. Entraban chascones como un puercoespín y salían pelones como un armadillo, pero inmediatamente comenzaban a crecer los brotes nuevamente en sus cabezas. El curioso de Melvin, apenas tuvo la oportunidad, se comprimió y se escondió en una cáscara de coco para no ser descubierto, logrando rodar al interior de la peluquería y mimetizarse con un montón de desechos que caían al suelo.

–Esto es un salón de belleza –pensó Melvin Malvarado para sus adentros– El viejo verdulero es también peluquero y guarda esos cabellos frutales en cajones de madera y…

De pronto entró a la peluquería un grupo de niños con cabezas de mandarina, zanahoria y alcachofa, y uno que no le cuadró dentro de los demás: tenía pelo

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Pelo de humano color miel. Eran Baltasar y sus amigos que lo llevaban a comer. Vio entrar también a Aarón. Habría escuchado feliz toda la conversación, pero dos señoras con cabezas de coliflor y apio esperaban su turno mientras cotorreaban de lo lindo y no lo dejaban oír.

Cuando vio salir a los chicos, Melvin rodó dentro de su coco hacia afuera de la peluquería para poder seguirlos, pero al tratar de incorporarse no pudo salir de la cáscara.

–¡Aaaahg! ¡Wiiiiih! ¡Yoooooi! –estuvo tratando de salir de ahí dentro, hasta que, ¡mmmbop!, sintió un tirón y se vio liberado. Eran Trudis Trufa y Cleto Chiclete, que en una brusca maniobra de rescate lo habían sacado del coco.

–¿Y tienes novedades? –preguntó la pérfida Trudis.

–¿Qué hacen aquí? –respondió Melvin con otra pregunta.

–Te seguimos, Melvin, por si las moscas. Nos lanzamos sobre el ascensor de vidrio cuando iba bajando; naturalmente,



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

nadie nos vio, nosotros somos expertos –aseguró Cleto–; yo me estiré como una carpa y cubrí a Trudis para que no se deshiciera con el agua, eso hacen los expertos, ¿entiendes?

–Bueno, Malvarado, ¿y qué noticias nos tienes? –volvió a inquirir Trudis.

–El verdulero es también un peluquero. Vienen acá unas personas con las cabezas llenas de vegetales como cabellos, y él los recorta y guarda los productos en cajones de madera. Concluyo que hace pelucas para un carnaval –dijo muy seguro Melvin. Trudis y Cleto se miraron uno al otro comprendiéndolo todo: entonces, aquí era de donde el anciano sacaba sus frutas y verduras, ¡no de la tierra! Su exclusiva frescura era proporcionada a diario por una suerte de extraterrestres con cabellos vegetales.

Trudis y Cleto eran muy astutos. No confiaban en las capacidades de Melvin como espía y por eso lo habían seguido. El inocente de Melvin no poseía mucha credibilidad que digamos.

studocu

Las tres golosinas rápido siguieron a Baltasar y sus amigos, y los espiaron durante toda la tarde. Ni Trudis ni Cleto se percataron de que había un humano dentro del grupo de niños macedonios. El único que lo había notado era Melvin… pero olvidó mencionarlo.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



Un plan maléfico

En Zucaralia, Roscón Orondo se preguntaba ansioso qué estaría demorando a sus secuaces. No tenía idea que la única manera de que pudieran regresar era colgándose del ascensor de Rafael Tijeras, su gran enemigo. Mientras, el peluquero se preparaba para dormir en el refugio que tenía en la Maravillosa Macedonia. En realidad, ese mundo ya se había convertido en su segundo hogar, y los macedonios, en parte de su familia. Solo regresaba a su local en Santiago por la mañana, con su cosecha fresca para ser vendida, y en la tarde (tardes que en la Maravillosa Macedonia eran semanas) volvía a la Peluquería Podar para continuar cortando cultivos cabelludos.

Los secuaces de don Roscón volvieron a Zucaralia con novedades recién al otro día. Roscón Orondo vio llegar a sus

studocu

operarios: Melvin venía pesado y estilando agua como una esponjita. Cleto venía tieso y estirado ya sin forma, tiritando de frío. Trudis, la señorita pérfida, estaba intacta, protegida por la carpa que Cleto había armado con su propio cuerpo. Los chicos le contaron a don Roscón todo lo que habían visto, de cómo en la bodega de la verdulería había un ascensor que los transportó a un mundo subterráneo llamado «La Maravillosa Macedonia», cuyos habitantes eran como extraterrestres que tenían en sus cabezas frutas y verduras en lugar de cabello. Que aquel verdulero fastidioso llamado Rafael cosechaba esas frutas y verduras, y luego las vendía en su almacén El Fresco, y cómo eran esos deliciosos vegetales los que le robaban la clientela a El Confite Jocoso, el almacén de glotonerías. Entonces, Roscón Orondo urdió un plan maléfico:

–Los liquidaremos, ¡no más verduras, no más frutas, no más niños sanos! Rafael Tijeras nunca más podrá cosechar esos vegetales porque… ¡confitaremos a toda la Maravillosa Macedonia!

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

En ese momento, Zucaralia entera se puso a cantar de manera frenética, celebrando una conquista anticipada:

«Confites, dulces golosinaaas,
Más tentadores de lo que imaginaaas,
¡Comer hasta desfalleceeer!
Gollerías muy jocosas,
Zucaralia te va a abasteceeer,
¡Zu-ca-ra-lia!
¡Eh, eh, eh!».

–Disculpe, jefecito –interrumpió Melvin–, no entiendo, ¿para qué quiere usted confitar el país ese de vegetales?

–¡Meeeelvin! ¡Para aniquilar la verdulería del vecino, pues! ¿No ves que se roba la clientela del jefe? La idea es que los niños solamente consuman golosinas, ¿cierto, jefe? –respondió la pérfida Trudis.

La verdad es que Roscón Orondo escondía oscuras intenciones. Con sus ojos entrecerrados recordaba una infancia en la que solo comía chocolates, caramelos, chicles y galletas. Una infancia muy engreída, con una mamá que más que consentirlo por amor lo consentía por temor, ya que el pequeño Roscón tenía un carácter insufri-

studocu

ble. Se acordaba de una niñez en la que no tenía amigos, a todos los había ahuyentado arrebatándoles sus colaciones. Una infancia en la que nunca comió un almuerzo nutritivo, pues exigía solo golosinas en su lonchera. Por eso Roscón Orondo no había crecido, era el rechonchito del curso, que además todo el tiempo estaba cansado y vivía quedándose dormido en clases. Siempre quedaba excluido del equipo de fútbol porque no hacía ningún esfuerzo por correr tras la pelota: él prefería la banca. En resumen, había tenido una infancia de gozo redondo, pero no precisamente una infancia feliz, y aún guardaba rencor.

Por su mente pasaba una horripilante película: frente a su almacén paseaban solo niños obesos con cachetes rojos como los de él, transpirados, cansados y bajitos, con tanta sed que tomaban agua de la pileta, dejando ver unos dientes negros todos picados por las caries. Imaginaba cómo sería la ciudad llena de niños como él en su infancia, comiendo golosinas y nada más que golosinas, mientras anhelaba un mundo sin fútbol y sin deporte alguno más que mastic

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



Ejecución de un crimen

Esa tarde, al dirigirse Rafael Tijeras a trabajar a la peluquería, Cleto Chiclete se pegó en el marco de la puerta de la bodega, de modo que esta no pudo cerrarse por completo. Luego, se infló haciendo un gran globo de aire y decenas de golosinas vivientes entraron en él, cargadas con un arsenal de azucaradas y pegajosas municiones. Apenas el ascensor comenzó su descenso, Cleto y los operarios de Zucaralia se lanzaron tras él y fueron dirigidos por el iluminado túnel hasta el mundo vegetal. Una vez ahí, esperaron a que anocheciera para ejecutar su vil tarea pasando inadvertidos. A Trudis Trufa, Cleto Chiclete y Melvin Malvarado se les habían sumado, entre otros, Carmelo Calugón, Mario Merenguito, Cucho Cuchuflí y Godofredo Gomita.

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Cleto Chiclete iba al frente, determinado a confitar lo que encontrara a su paso. Trudis Trufa, pérfida, también maquinaba su ofensiva. Melvin Malvarado venía mirando el paisaje, mientras aún cantaba despacito «Confites, dulces golosinaaas, más excitantes de lo que imaginaaaas...». Y tras ellos, la pandilla de golosinas, con ánimo de embestir, arrastraba muchas bolsas de color naranjo fosforescente.

Comenzaron repartiendo malva por doquier, desde las copas de los árboles hasta el suelo, lanzaron muchos metros de chicle como serpentina (que se enroscaron por todos lados), dispararon gomitas azucaradas donde tuvieron oportunidad, y dieron vuelta sobre la llanura miles de litros de chocolate, entre otras barbaridades que hicieron que la Maravillosa Macedonia comenzara a asfixiarse.

–¡Ja! ¡Contemplemos el comienzo de nuestra obra de arte! –dijo de manera muy maliciosa Trudis Trufa.

–Es que somos tan expertos –agregó el altanero Cleto Chiclete.

studocu

–Yo creo que se veía más bonito antes –comentó Melvin–. No sé para qué el jefe nos manda a hacer estas cosas, ya estoy muy cansado.

–Es hora de marcharnos, ya pronto amanecerá y no podemos ser descubiertos. Debemos escondernos hasta que el verdulero vuelva en el ascensor a su almacén –acotó Trudis.

El único lugar que habían dejado intacto era el recorrido desde la Peluquería Podar hasta la cascada, para que así Rafael Tijeras no notara cambio alguno y siguiera yendo y viniendo para trasladarlos.

Entonces partieron todos rumbo a la cascada Suko, donde Cleto volvió a convertirse en una gran bolsa de aire para que sus compañeros se metieran en ella. Justo antes de introducirse en el globo de chicle, Melvin vio a una niña con cabeza de tubérculo regando su cultivo cabelludo a la orilla de la cascada. Era Romildita Remolacha. Y como le pareció simpática, rápidamente la atrapó entre sus blanduras y la metió con él dentro del globo.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Esa misma madrugada, Zam Zanahoria se entretenía recogiendo las semillas de amapola que el viento de la noche había regado por el suelo. Zam y toda su familia poseían la gracia de tener una vista única, capaz de divisar objetos a kilómetros de distancia y de ver en la más absoluta penumbra. Si no, ¿de qué otra manera podría ver semillas de amapola, ínfimas y negras, en medio de la oscuridad de la noche y sobre un suelo sombrío? En eso estaba cuando vio cómo, en un santiamén, Romildita Remolacha era introducida en una bolsa pegajosa de color rosado que desaparecía tras la cascada Suko.

studocu

La debacle

Al día siguiente, el panorama de la Maravillosa Macedonia parecía un campo de batalla: miles de charcos de caramelo pegados por todo el suelo, ahogando los prados, quemando plantas y flores. De las ramas de los árboles colgaba una suerte de lianas elásticas de colores fluorescentes que se enrollaban alrededor de los troncos como si trataran de ahorcarlos. Era chicle.

Muy concentrados conversando esa mañana, sin percatarse todavía de nada, Baltasar y Marina caminaban contentos por el sendero mientras la chica hablaba y preguntaba, hablaba más y preguntaba aún más.

–Baltasar, ¿sabías que yo nunca me resfrío? –el niño la miró extrañado y ella continuó–: Ni yo ni mi prima Pe[illegible]da

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Pomelo tenemos catarros jamás, porque tenemos mucha vitamina C; qué suerte, ¿no crees? –A Baltasar este dato le pareció interesante entre todo el parloteo mareador de Marina Mandarina. Y ella seguía hablándole sin parar–: ¿Cómo es tu casa? ¿Y tu abuelo? ¿Te pareces a él?

–Mi casa es la más linda del mundo, porque las personas que más quiero viven ahí –contestó el pequeño, y en tono enigmático continuó–: Y mi abuelo Felito es único y fantástico. Juntos hemos descubierto muchos misterios y explorado lugares que ni te imaginas.

Hablando de su hogar y de su familia, el chico comenzó a extrañar, sobre todo a su abuelo, ¡deseaba tanto que estuviera ahí con él! Casi al llegar a la peluquería se dio cuenta de que Marina ya no estaba a su lado.

–Marina, Marina, ¿dónde estás?

Dos metros más atrás se escuchaba su vocecita:

–Estoy pegada en un charco que parece… ¿savia? Pero no sé –dijo la niña,



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

confundida por la impresión de ir feliz caminando y de pronto quedarse atascada.

–¿Estás pegada? ¿Cómo? –dijo Baltasar, que en ese momento alzó su mirada y vio el paisaje totalmente confitado. Efectivamente, el pie derecho de Marina estaba pegado en un charco y no lo podía mover. Trató de sacarlo una vez y otra más, pero no hubo caso. El extraño charco se había endurecido como un cristal, dejando sepultado el pie de Marina hasta el tobillo. La chica de las mandarinas se había embarrado con caramelo.

No tardaron en llegar Adelfa y Aarón, quienes venían impresionados por el paisaje que se presentaba ante sus ojos. Lo más impactante fue cuando la familia Champiñón salió de su casa, pues tenían sus cultivos cabelludos cubiertos por una gran almohada de una sustancia muy esponjosa y blanca, con grandes puntos de color rosa pálido.

–¡Malvavisco! –reconoció Baltasar.

Aarón y Adelfa llevaban largos minutos con la boca abierta del asombro.

studocu

–Hemos sido atacados durante la noche –habló Chapi Champiñón, amigo de los chicos–. Vi pasar una sombra redonda por mi habitación, alguien liberó un gas de aroma tan dulce que nos adormeció, y hoy por la mañana mi familia y yo estábamos así. Ahora sí que nos vemos cabezones… ¡Qué vergüenza!

Aarón Arándano sacó la lupa Sherlock H-10 Pro que le había regalado su padre y comenzó a analizar el fenómeno. Atónito, miraba las partículas que contenía el gran casco de malvavisco en la cabeza de Chapi, que se veían como una goma llena de burbujitas.

–¡Se pega en mis zapatos, qué asco! –apareció gritando Carri McCherry, la más vanidosa de los macedonios. Tenía chicle multicolor pegado en sus preciosos zapatitos de charol rojo. Aarón corrió rápidamente con su lupa a analizar aquella peculiar sustancia. Además, la chica le parecía tan bonita, que ayudarle era una oportunidad de conquista.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



Pronto, el lugar de los hechos estaba rodeado por una manada de curiosos, y mientras más grande era el tumulto, más personas llegaban a preguntar qué estaría sucediendo. Baltasar, cuidadosamente, comenzó a romper el caramelo endurecido alrededor del pie de Marina con una piedra, hasta que la chica pudo despegarse del suelo. Sin embargo, como el caramelo estaba tan duro y al romperlo cerca de su pie podía hacerle daño, Baltasar tuvo que dejar una especie de ladrillo de caramelo alrededor de su zapato.

–Lo siento, Marina –le dijo–, pero deberás permanecer así hasta que el caramelo se derrita, debes tener paciencia.

Baltasar estaba muy confundido, parecía como si a la Maravillosa Macedonia le hubiese caído una confitería encima, o más bien parecía como si El Confite Jocoso hubiera abierto una sucursal allí. De pronto llegó Zam Zanahoria al lugar de los hechos.

–¡Los he visto en la madrugada! –gritó el chico punk.

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–¿A quiénes? ¿Sabes quién hizo todo este desastre? –preguntó Baltasar.

–No exactamente, pero se llevaron a Romildita Remolacha con ellos.

–¡Noooooooo! –gritó horrorizada Bella Cebolla, la más escandalosa de los macedonios.

Los habitantes de la Maravillosa Macedonia se hallaban bajo amenaza, las pobres plantas, ahogadas por el chicle, no podían respirar y en la llanura había un lago de chocolate que hervía por el calor del sol. Esponjas de malvavisco cubrían las copas de los árboles y los cerros estaban nevados de merengue. Las flores habían sido aplastadas por gomitas azucaradas de miles de colores, y la antes plácida Maravillosa Macedonia ahora parecía más bien un circo chillón.

studocu

Estrategias de defensa

Cuando Rafael Tijeras regresó esa tarde, no lo podía creer: nunca había visto desastre igual. Quiso tomar medidas inmediatamente, por lo que reunió en la Peluquería Podar a los más altos representantes de la Maravillosa Macedonia, incluidos el gran Pelópidas Palta y Zamuel Zanahoria, el papá de Zam. Estaba también el papá de Adelfa, doctor Alcides Alcachofa, respetadísimo médico cirujano de especialidad clorofílogo. Todos los antepasados de Adelfa habían sido médicos, incluso ella, siendo aún una niña, tenía el don de curar muchos males.

–Me llevaré a la familia Champiñón a pabellón, estoy seguro de que podré extirpar la masa de malvavisco de sus cabezas –aseveró el doctor.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Los niños miraban la reunión de sus padres y don Rafa asomados por la ventana. Aarón Arándano, sentado sobre un tronco, pensaba en algo, hasta que finalmente lanzó una hipótesis:

–Si se llevaron a Romildita es probable que vengan por más.

–Es cierto, debemos redoblar nuestra seguridad –dijo Zam.

–Y aún más, ¡debemos salvar a nuestra compatriota y luchar por nuestro pueblo! –concluyó entusiasmado Baltasar, que ya se sentía un macedonio más. Los chicos resolvieron tomar partido en lo que sería una verdadera contienda y el niño chileno decidió organizar al grupo para formar un ejército.

–Alguien tiene que hacer guardia esta noche, pues si nos atacan otra vez, lo harán en plena oscuridad –dijo Baltasar.

–¡Ese debes ser tú, Zam! –dijo con entusiasmo Marina, que todavía arrastraba su pie con el ladrillo de caramelo–, tú tienes una vista privilegiada.

Zam se convirtió entonces en el vigía del grupo.

studocu

–Alguien debe analizar cada pista –continuó Baltasar–, reunir antecedentes que nos permitan descifrar quiénes son y de dónde vienen los atacantes. Aarón Arándano, tú, por supuesto, serás el detective.

–Elemental, mi querido Baltasar –asintió Aarón. Y el niño chileno siguió:

–Alguien debe avisarnos cuando nuestro enemigo se acerque, cuando estemos en peligro o debamos actuar rápido. Necesitamos una voz de alarma.

–¡Yooooooooooooooooooo! –el grito de Bella Cebolla casi los despeina.

–Necesitaremos un grupo de fortachones, en todo ejército hay fortachones –dijo Baltasar. Sin pensarlo dos veces, Froilán Frijol, Leonel Lentejas y Gabino Garbanzos dieron un paso al frente. A ellos se sumaron varios chicos en cuyos cultivos cabelludos había hojas de color verde oscuro: Esteban Espinaca, Edson Espárrago, Aldo Acelga y Brandon Brócoli. Todos ellos desempeñarían el papel de valientes soldados en el frente de combate, formando una Infantería de Hierro, fuerte como ninguna.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Entonces, Mabel Maíz levantó su mano y dijo:

–Necesitaremos municiones para derribar al enemigo.

Baltasar se le acercó y arrancó de su cultivo cabelludo un puñado de granos. Los envolvió en una bolsa hecha con tela de cebolla, se acercó a una lamparita y le pidió la lupa a Aarón. Puso la bolsa con los granos de maíz bajo la luz de la lamparita y en medio la lupa. Los demás niños miraban curiosos lo que Baltasar estaba haciendo, acercándose a la bolsita de cebolla para ver de cerca. De pronto, la bolsita comenzó a echar humo hasta que, ¡pop! ¡pop! ¡pop! ¡pop! y ¡ROPOPOPOPOP!, explotó la bolsa y muchas palomitas de maíz volaron por los

studocu

aires, impactando con toda su potencia a los chicos.

–¡Ayyy! ¡Auuu! ¡Auch! –se quejaron quienes fueron golpeados por las municiones hechas de cabritas.

–Granadas de maíz –dijo Baltasar.

En ese momento, la asamblea de los niños macedonios saltó de entusiasmo, todos gritaban felices planeando y dando muchas ideas para salvar a la Maravillosa Macedonia de esta debacle.

–¡Yo puedo curar las heridas de nuestros compatriotas! –dijo Ramona Rábano, perteneciente a un linaje de curanderos expertos.

–Y yo ayudaré aliviando a los que se hayan enfermado por culpa de las golosinas –ofreció la pequeña Adelfa.

–¡Y yo repartiré máscaras de calabaza para que los demás despistemos al adversario! –dijo entusiasmada Zoe Zapallo.

Al caer la noche, Baltasar ya había organizado completamente a la milicia. Si sus atacantes volvían, se encontrarían con una gran sorpresa.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

La rehén

Efectivamente, los chicos de la Maravillosa Macedonia no se equivocaban: en Zucaralia celebraban el éxito absoluto del asalto, y muy ambiciosos querían regresar a buscar al resto de la familia Remolacha.

Los secuaces de don Roscón habían fotografiado el resultado de la noche anterior para mostrárselo a su jefe, pues él no iría a la Maravillosa Macedonia (no arriesgaría su sonrojado pellejo por nada del mundo). Concentrado mirando las fotos, de pronto vio entre sus operarios a un integrante que no le era familiar y que tiritaba como gelatina.

–¿Y tú? A ti no recuerdo haberte creado –le dijo Roscón Orondo a ese ser extraño–. Tienes una remolacha en la

studocu

cabeza… ¡y es de la buena! –manifestó sorprendido al probarla.

–Jefecito, yo la encontré y la traje, será mi amiga –dijo Melvin.

–Sí, gran amiga. ¿Había más amigos como esta? –le preguntó irónico don Roscón, mientras caminaba lentamente alrededor de Romildita analizándola–. Si los hubiera, quiero a todos los amigos que tengan remolacha en la cabeza –pensaba feliz, planeando la forma de sacarle partido a sus productos.

La pobre Romildita permanecía callada, tiritando sin parar. Roscón Orondo la agarró de sus mechas y la puso en un gran florero lleno de agua, pensando que así crecería la remolacha que salía de su cabeza... solo que olvidó que para eso necesitaba también luz.

–Esta noche ustedes volverán y así podremos dar el gran golpe –le dijo don Roscón a sus secuaces–; no solo asfixiaremos a toda la Maravillosa Macedonia, sino que además me abasteceré de la materia prima para mis preparaciones ¡Secuest

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

toda la remolacha y así tendré azúcar gratis! ¡Jiiiiiiiiig! ¡Jiiiiiiiig! –se reía de una forma muy peculiar.

Aquella tarde, Cleto Chiclete volvió a trancar la puerta de la bodega para que no se cerrara. Luego, se infló haciendo un gran globo de aire y decenas de golosinas vivientes entraron en él. Protegidos dentro del globo, una vez que don Rafael ya bajaba por el túnel en el ascensor, Cleto y las golosinas se lanzaron cascada abajo. La astucia de los operarios de Zucaralia era considerable, pues Rafael Tijeras, un hombre inteligentísimo, no había descubierto ni una sola vez a los polizontes en el ascensor.



Acabada la asamblea de los máximos dirigentes de la Maravillosa Macedonia, ya entrada la noche, los asistentes regresaron a sus hogares. Los niños estaban preparados. Baltasar, que se alojaba en la Peluquería

studocu

Podar con don Rafa, estaría atento al aviso que daría Bella Cebolla. Dada la señal, todo el ejército se pondría en guardia. A su vez, Zam Zanahoria vigilaba atento el perímetro junto a Bella Cebolla, quien daría el grito de alerta cuando Zam se lo señalase.

Entonces, Zam vio acercarse a una particular tropa precedida por un chicle, una trufa y un malvavisco. Más atrás venía una gomita azucarada, un cuchuflí, un calugón y un merenguito, entre otros. Y escondida entre las blanduras de la malva traían a Romildita Remolacha, con la boca tapada para que no gritara. Los operarios de don Roscón la traían consigo para que les indicara dónde encontrar al resto de su familia, y Romildita aún temblaba de miedo.

Zam esperó con cautela, necesitaba ver qué pretendían hacer. Los operarios de Zucaralia, sin sospechar que eran observados, avanzaron y comenzaron a sacar de sus sacos naranjos todo tipo de cosas pegajosas multicolores… ¡Iban a atacar! Zam dio un gran pellizco a Bella

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–¡Waaaa! Sonó su voz de alarma tan fuerte que llegó a temblar la tierra. Los visitantes de Zucaralia, aturdidos por el feroz zumbido, miraban hacia todos lados para averiguar de dónde provenía tal estruendo. Pronto llegó la tropa organizada por Baltasar, con él a la cabeza. En el frente del ejército macedonio se hallaban los más fuertes: Froilán Frijol, Leonel Lentejas, Gabino Garbanzos, Esteban Espinaca, Edson Espárrago, Aldo Acelga y Brandon Brócoli. Contra estos valientes aparecían decenas de golosinas junto a Trudis, Melvin y Cleto. Carmelo Calugón, duro y mandón, era el general. Las golosinas se pusieron en guardia.

–¡Tienen a Romildita! –informó Zam–, ¡devuélvanla!

Melvin casi tragó a Romildita entre sus blanduras para que no escapara.

–¡Ella es nuestra, no la soltaré jamás! –replicó.

–Regresen a su mundo y dejen a nuestra tierra en paz –trató de conciliar Baltasar. Pero Roscón Orondo no había

studocu

enseñado a sus engendros nada de política, y en ese momento la pérfida Trudis Trufa se abalanzó sobre Carri McCherry y le arrancó un gran puñado de cerezas de la cabeza.

–¡Auuuuuuuuch! –sollozó la pobre Carri. Aarón Arándano, su enamorado, decidió que eso ya era suficiente y enardecido de ira gritó:

–¡Al ataque!

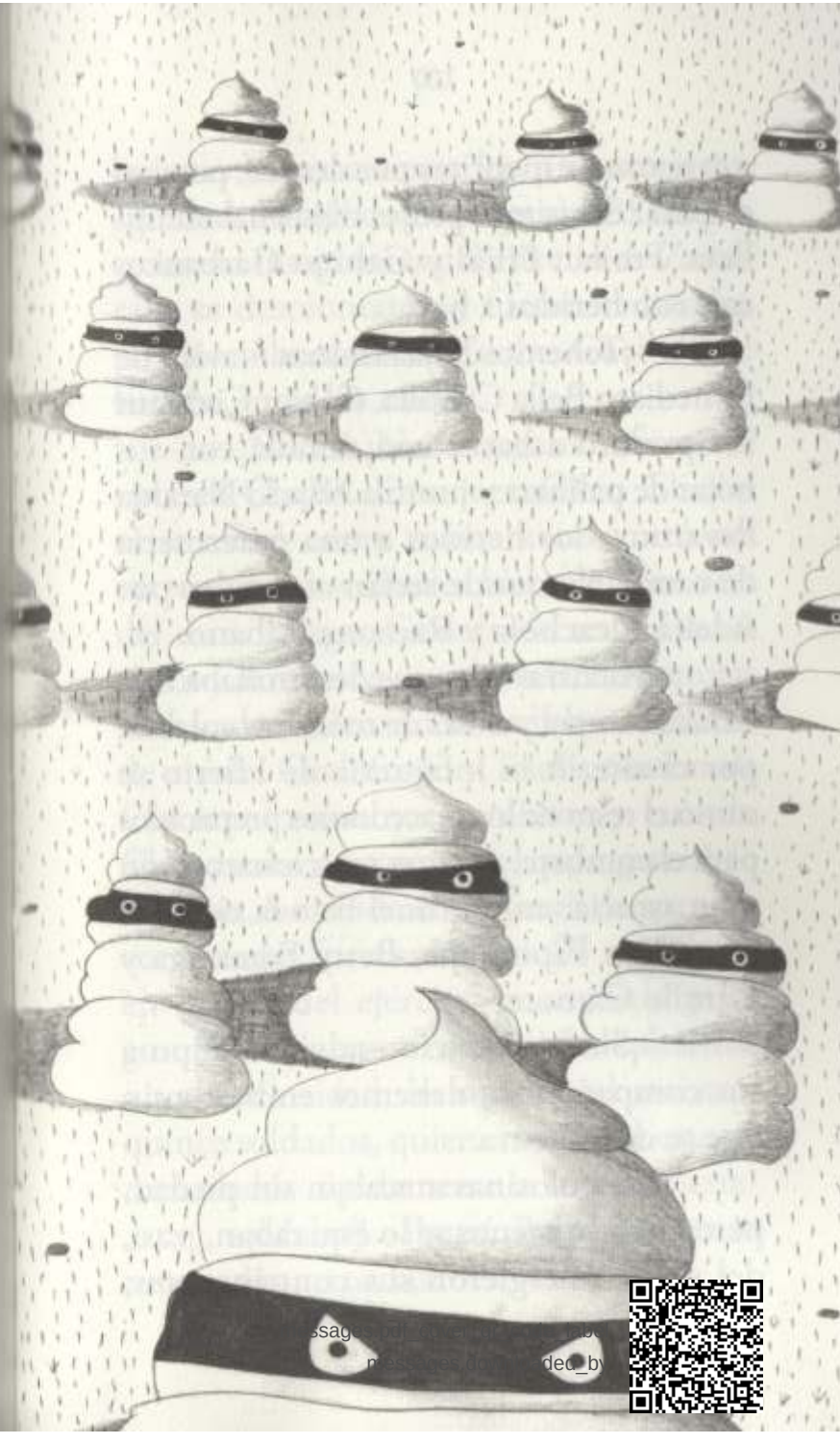
La aurora del día sería testigo de una batalla atroz.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Una contienda desigual

Carmelo Calugón había dispuesto en primera línea a Mario Merenguito y los suyos, pues pensó que con su consistencia sólida dificultarían el paso de los macedonios. La Infantería de Hierro se abalanzó contra ellos con todas sus fuerzas, y en una brutal lucha cuerpo a cuerpo muchos merenguitos resultaron molidos, hechos polvo de azúcar en el suelo. Mario Merenguito y el resto de sus tropas se retiraron. Viendo esto, Carmelo dio la orden de asalto a todos los demás:

–¡No nos dejaremos vencer! –las golosinas, eufóricas, chillaban sin parar. La contienda era desigual, pues por cada diez soldados de Zucaralia, solo había uno de la Maravillosa Macedonia. La Infantería de Hierro estaba en problemas: Cucho Cuchufí se deshizo de su relleno y volvió



studocu

a cargarse de mentitas por dentro, para así disparar durísimos proyectiles, cual metralleta. Froilán Frijol y Gabino Garbanzos cayeron heridos a bala.

–¡Tenemos bajaaaaaaaas! –avisó de inmediato Bella Cebolla. Calvin Coconut se apresuró a hacer una camilla con sus hojas de palmera y junto a Nando Naranja llevaron a los heridos a una enfermería de campaña, donde serían atendidos por Adelfa Alcachofa y Ramona Rábano.

Mientras tanto, se desarrollaba una batalla campal y miles de mentitas volaban por el aire. A la Infantería de Hierro se sumó el resto de los macedonios preparados para el combate, quienes reaccionaron con gran astucia: en un túnel bajo la tierra se escondían Papo Papa, Betty Betarraga y Camilo Camote.

–¡Shhh! Silencio –advirtió Papo a sus compañeros–, debemos embestir sin que se den cuenta.

Las golosinas atacaban sin piedad, pero cuando menos se lo esperaban, ¡zas!, del suelo emergieron sus contrincantes,

studocu

quienes les amarraron los pies con gran agilidad, haciéndolos tropezar. Al menos cuarenta integrantes del ejército de Zucaralia se desplomaron y fueron reducidos por los macedonios. Cucho Cuchuflí se hallaba entre los caídos.

–¡Nooo! ¡Necesitamos refuerzos! –clamó Cucho. Entonces, Cleto Chiclete se estiró como nunca antes y ató sus extremos a dos árboles bien alejados uno del otro. Luego, Godofredo reunió a los suyos y armó una gran bomba de gomitas azucaradas, colocándola en la honda hecha de chicle. Godofredo y Trudis tiraron de Chiclete lo más que pudieron y cuando Cleto estaba a punto de colapsar, ¡paaas!, lo soltaron, lanzando el proyectil de gomitas con mucha fuerza. La bomba cayó justo en medio del ejército macedonio y las gomitas rebotaron como bolas saltarinas a toda velocidad, lesionando al menos a quince soldados, quienes tuvieron que ser trasladados rápidamente a la enfermería.

–¡Mabel! –llamó Baltasar–, es tu turno, ¡las granadas!

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Mabel Maíz había preparado sus granadas horas antes y estaba lista para el ataque.

–¡Con que esas tenemos! ¡Ya verán! –dijo Mabel a sus enemigos. Con ayuda del vigoroso Policarpo Palta lanzaron las granadas con una mecha encendida, que al llegar al bando enemigo explotaron en miles de potentes proyectiles de palomitas de maíz, impactando directo en las caras de las golosinas. Los enemigos adoloridos se sobaban el rostro tapándose los ojos. Rápidamente, los macedonios aprovecharon esta situación y capturaron a los quejosos.

La lucha seguía su curso de manera bárbara, y a medida que un ejército atacaba, el otro respondía con mayor furor. De pronto, Baltasar tuvo una idea:

–¡Zoe! ¿Con cuántas máscaras de calabaza contamos? –preguntó Baltasar a la niña.

–Juntando todas las que pude recolectar habrá al menos unas cincuenta y cinco –respondió Zoe Zapallo.

–Camuflaremos a los prisioneros con

studocu

las máscaras y con ello simularemos haber aumentado nuestro número de soldados, ¡manos a la obra! –ordenó Baltasar. Zoe Zapallo, junto a Marina Mandarina (que aún tenía su pie atrapado en el ladrillo de caramelo), colocaron las máscaras de calabaza sobre las cabezas de todos los prisioneros de guerra que se hallaban en poder de los macedonios.

–Será la trampa perfecta –dijo Baltasar a las chicas, guiñándoles un ojo.

–Ahhhh –suspiró Marina, que lo miraba con ojos lánguidos; le parecía tan hábil este chico extranjero que hace solo unos días quiso arrancarle sus gajitos. La verdad es que Baltasar había alcanzado fama de galán entre varias de las niñas de la Maravillosa Macedonia.

Volvieron al campo de batalla con los prisioneros disfrazados de calabazas, y amarraron a cada uno en un árbol alrededor del perímetro donde se hallaba el ejército de los macedonios.

–Con esto los escarmentaremos y seguro huirán –dijo Baltasar a las chicas

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



(la verdad es que lo que sucedió luego fue aún mejor que eso).

–¡Diablos! –gritó Trudis–, ¡han traído refuerzos!

–¿Qué haremos ahora? ¡Hemos sufrido muchas bajas y ahora ellos nos superan en número! –advirtió Godofredo a sus compañeros.

–Pues tendremos que ampliar nuestra milicia –ordenó Cleto Chiclete de manera autoritaria. Con mirada amenazante infló su pecho, hasta que de pronto, ¡duk! ¡duk! ¡duk!, de su cuerpo salió un clon idéntico a él. Ese clon, a su vez, se dividió y sacó otro engendro, y así comenzaron a multiplicarse. Los soldados de Zucaralia comprendieron lo que debían hacer:

–¡Inicien el fraccionamiento! –bramó Trudis.

Entonces, cada golosina comenzó a dividirse, sacando nuevos clones de sus cuerpos. Eran engendros más tontos que sus originales, pero igual de fuertes, y a medida que se subdividían, más bobalicones

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

se ponían. Pronto, el panorama parecía no ser del todo favorable para la Maravillosa Macedonia: los invasores se multiplicaron en cientos y cientos, mientras en el ejército local quedaban solo nueve, entre los que se contaban Zam Zanahoria, Brandon Brócoli y Policarpo Palta.

–¡Oh, oooh! –susurró asustada Carri McCherry, y se tapó los ojos.

–¡Bomba lacrimógenaaa! –atinó la intensa e inteligente Bella, y con la tijera de don Rafael comenzó rápidamente a cortar su cultivo cabelludo sin ningún cuidado, rompiendo todas las cebollas. Los chicos macedonios miraban extrañados a Bella, no entendían por qué rompía sus cebollas. Enseguida comenzó a salir un olor fuertísimo, que para los habitantes de la Maravillosa Macedonia era familiar, no así para los operarios de Zucaralia. Ni la pérfida de Trudis Trufa podía contener las lágrimas que caían de sus ojos, nublándole la vista.

Los miles de engendros que habían salido de los cuerpos de las golosinas comenzaron a irritarse, y despistados, molestos y

studocu

muy bobos, comenzaron a atacarse unos a otros: chicles envolvían cuchuflíes, calugas ahorcaban trufas y merenguitos aplastaban malvas y gomitas. El ejército de las golosinas se autoexterminaba delante de los habitantes de la Maravillosa Macedonia.

Romildita Remolacha seguía atrapada entre las blanduras de Melvin Malvarado, quien hasta ese momento la apretaba con mucha fuerza. La pobre chiquilla no podía moverse y apenas respiraba, pues había inhalado polvo de malvavisco y le obstruía el paso del aire. Poco a poco, Melvin fue perdiendo su vigor, el olor a cebolla lo mareaba, y sin darse cuenta soltó a Romildita, quien cayó desmayada a sus pies. Melvin comenzó a dar vueltas como un trompo lento, hasta que llegó a la orilla de un barranco y cayó a las profundidades.

Romildita yacía acostada en el suelo, y al ver aquella escena, su amiga Rebe Repollo corrió a socorrerla. Al notarla casi ahogada, Rebe exprimió uno de los repollos de su cabeza y le dio de beber un poco de su jugo a Romildita, quien de inmediato comenzó a toser h

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

inhaló con muchas ganas. Respirando, por fin recuperó la conciencia, y al ver a su gran amiga Rebe la abrazó.

–Gracias, amiga, me has salvado –le dijo Romildita.

–No es nada, compañera. Sé que tú habrías hecho lo mismo por mí –le contestó Rebe con una sonrisa–. Será mejor que vayamos a ver qué le sucedió al malvavisco que te apresaba, ¡se ha caído por el barranco!

Las dos fueron a mirar lo que había pasado con Melvin, quien después de un largo trayecto rodando había caído tan blandito que ni había sentido el golpe. De todos modos, llevaba un buen rato rebotando sin poder detenerse.

La batalla había acabado, todos los engendros se habían liquidado entre ellos. Zam Zanahoria y los chicos que seguían en el frente habían logrado apresar a Trudis, Cleto, Godofredo y Carmelo, los artífices de tanta maldad. Cucho Cuchuflí y Mario Merenguito habían sucumbido en la batalla.

studocu

Cara a cara

Aquella mañana, Rafael Tijeras se levantó apresurado, pues observó que Baltasar no había dormido en su cama. Al abrir la puerta de la peluquería vio a un pequeño pelotón comandado por el niño chileno que se dirigía hacia él. Traían prisioneros con los pies amarrados con trenzas de raíz y arrastrando cocos. Zam Zanahoria llevaba a Cleto Chiclete, Brandon Brócoli empujaba a Godofredo Gomita, Edson Espárrago traía a Carmelo Calugón, y defendiendo su dignidad, la altiva Carri McCherry (con un mechón de cerezas menos) arrastraba a la pérfida Trudis Trufa. Los chicos de la Maravillosa Macedonia iban airosos.

–Don Rafa –llamó Baltasar–, hemos descubierto quién nos ha hec

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

daño, hemos defendido a nuestra tierra y nuestro honor, y hemos ganado la batalla.

–No fue nada fácil –continuó Zam–, hemos sufrido algunas bajas, pero Adelfa Alcachofa y Ramona Rábano los están brindando los cuidados necesarios para su recuperación.

Dentro del grupo venían los heridos de menor gravedad, con vendas, parches y cultivos cabelludos desmochados. Rafael Tijeras los recibió impresionado.

–¿Qué quiere que hagamos con ellos? –le preguntó Brandon Brócoli.

–Antes que todo necesitamos información. Por favor Aarón, ayúdame a interrogarlos –respondió el peluquero. Aarón no tardó en lograr que el enemigo confesara todo: cómo habían llegado, por qué los atacaban, y lo más importante de todo… quién los había enviado.

–Roscón Orondo– pronunció don Rafa en un tono tan grave que llegaba a asustar–. Debí sospechar que él estaba detrás de todo esto –y amarrando a los cuatro prisioneros juntos se los echó al hombro

studocu

y con mucho afán se dirigió a la cascada Suko: iba a enfrentar a su vecino confitero.

Roscón Orondo estaba en su almacén, como de costumbre; ordenaba las estanterías, mientras gozoso imaginaba la hecatombe que sus secuaces estarían dejando en la Maravillosa Macedonia. Para él, solo habían pasado pocos minutos desde que se fueran. De pronto, un portazo lo hizo saltar.

–Acá te traigo mercadería, Roscón –dijo Rafael Tijeras, poniendo a los secuaces amarrados sobre el mostrador–. ¿Qué pretendes? ¿Imaginaste que no te descubriría? No sabes con quiénes te has metido, jamás lograrás acabar con la Maravillosa Macedonia, jamás podrás exterminar a los vegetales y nunca jamás convertirás a tus golosinas en un alimento primordial, pues ¡no lo son! –le declaró en tono imponente.

Roscón Orondo comenzó a sudar. Sus mejillas parecían más rojas que nunca, no una sino cinco gotas de transpiración corrían por su cara, y tartamudo de nerviosismo contestó:

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–Si si si t t t te has toma toma tomado la mo molestia de venir ha has hasta acá es por algo, ¿no? –logró decir por fin con dificultad, y la lengua se le desenredó–. Estoy seguro de que mis muchachos causaron gran impresión.

Sus golosinas vivientes amarradas asintieron con la cabeza.

–Basta, Roscón, me aseguraré de que no vuelvas a causar problemas a la Maravillosa Macedonia –advirtió Rafael Tijeras.

–¡Imposible! ¡No me detendrás jamás! ¡Te aniquilaré!

–No seas necio, Roscón, nada conseguirás con violencia –dijo don Rafael con calma–; por algo dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo… –y en ese momento abrió una jaula donde traía varios ratones, que felices se expandieron por todo el almacén lleno de dulces.

–¡Nooooo! ¡Atrápenlos! –ordenó don Roscón inútilmente a sus amarrados secuaces, quienes sin poder moverse vieron cómo los hambrientos ratones se les acercaban cada vez más. Desesperado, don

studocu

Roscón trató de atrapar a los roedores, pero estos ya se habían escondido en los rincones y comenzaban a comerse todos sus productos.

–¡Me las pagarás! –amenazó el confitero, y sacó de abajo del mostrador un saco enorme de color amarillo fosforescente con letras negras que decían: «Azúcar efervescente, úsese con precaución, creada por Roscón». Corrió rápidamente en dirección a El Fresco, y detrás de él iba don Rafael apresurándose para detenerlo. Zancadillas iban, zancadillas venían, incansablemente trataron de detenerse uno al otro, hasta que pronto se hallaron en la puerta de la bodega que conducía a la Maravillosa Macedonia.

Al presentarse Rafael Tijeras frente a ella, inmediatamente apareció el Medallón Maestro en la matriz, y en un brutal forcejeo Roscón Orondo alcanzó el medallón, abriendo la puerta: apareció la cortina de agua, la gran cascada Suko y el ascensor mágico detrás de ella. Roscón Orondo abrió rápidamente el saco

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



studocu

y millones de chispas calientes y dulces comenzaron a saltar de este, quemando cada punto donde tocaban. ¡Tssss! ¡tssss! ¡tssss!, el gorro de don Rafael y el delantal de Roscón Orondo estaban quedando llenos de orificios, mientras ellos se batían a duelo. Roscón tenía al anciano tomado del cuello, pero este revirtió la situación con una llave de yudo que inmovilizó al confitero, arrebatándole el Medallón Maestro. Roscón Orondo se incorporó y empujó a don Rafa contra la pared, quien se dio en la cabeza y aturdido se desplomó en el suelo, dejando caer su sombrero de fieltro.

El confitero aprovechó el momento, arrastró el enorme saco de azúcar efervescente hasta la cascada y comenzó a vaciarlo en ella. Don Rafa despertaba de su aturdimiento, y viendo esto se levantó con gran esfuerzo y empujó a Roscón Orondo por el abismo de la cascada. El hombre cayó con saco y todo, y el azúcar efervescente se derramó por completo en el agua.

Luego, el anciano entró apresuradamente al ascensor para dirigi

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

la Maravillosa Macedonia; sin embargo, a medida que el elevador avanzaba, se hacía cada vez más lento, hasta que finalmente se detuvo por completo dos metros antes de llegar a su destino: se había quedado pegado. El azúcar efervescente había caramelizado la cascada Suko y, por ende, todas las aguas del lugar quedaron cristalizadas.

Roscón Orondo estaba tumbado en el suelo, cubierto de caramelo endurecido, con los brazos estirados, la boca abierta y los pelos parados, como si se hubiera congelado mientras caía; parecía una estatua de dulce.

Don Rafa se llevó la estatua a la Peluquería Podar y la puso en el sótano, donde también guardaba navajas y chairas. Pero a pesar de haber quedado preso en su propia trampa, Roscón Orondo parecía haber logrado su objetivo haciendo el peor daño imaginable para los habitantes del mundo vegetal: caramelizando la cascada les había quitado el riego.

studocu

Plan de contingencia

Aquel día, Marina Mandarina se sentía parte de aquel entorno, su pie cubierto de caramelo combinaba perfectamente con el desastre azucarado que inundaba el paisaje. Intentando volver a la normalidad quiso ir a regarse a la cascada, pero en vez de agua encontró un duro caramelo que no refrescaba ni un poquito.

–¡Oh, no! –exclamó la niña. Alguien tocó su hombro. Era don Rafa, que venía evidentemente abatido.

–Querida –le dijo–, las golosinas no volverán a molestarnos, pero nos han contaminado hasta el agua, por lo que tendremos que ser astutos para sobrevivir hasta que podamos limpiar todo este desastre.

Marina se puso a llorar. Don Rafa

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

le tomó la mano y la llevó a la Peluquería Podar, el pobre ya estaba cansado. Sin embargo, su edad no era impedimento para su espíritu, y pronto organizó al pueblo para comenzar las labores de aseo y quitar de la zona todos los agentes perjudiciales para la salud de los macedonios. Esta tarea demoraría bastante, pues eran toneladas de golosinas repartidas por todo el lugar.

En este estado de emergencia, el peluquero llamó a unos particulares habitantes de la Maravillosa Macedonia: la familia Sandía. Ellos salvarían por un par de días a sus compatriotas de la sequía, pues don Rafa podría obtener suficiente agua para regar exprimiendo sus cultivos cabelludos.

Limpiar todo aquel desastre y descontaminar la cascada Suko parecía una tarea casi imposible, por lo que Baltasar se dirigió a don Rafa con una idea:

–Necesito ir a mi casa. Tengo que ver a mi abuelo, se me ha ocurrido una idea que quizás nos ayude mucho; por favor, lléveme ahora.

studocu

Rafael Tijeras no dudó en confiar en la idea de Baltasar, el chico había demostrado una habilidad e inteligencia sobresalientes. Sin preguntarle cuál era su idea, lo acompañó a la cascada para llevarlo a su casa. Pero el ascensor estaba pegado en el caramelo endurecido y no podría llevarlos de vuelta.

Baltasar y don Rafa se miraron: estaban pensando lo mismo. Ingeniosos, decidieron escalar la cascada. Aprovecharon que la superficie estaba pegajosa, y sin zapatos comenzaron a subir adhiriendo sus manos y pies al caramelo pegote (tal como lo hacen los insectos), hasta que después de mucho empeño lograron llegar a la verdulería. Don Rafa había resultado ser también un gran compañero de aventuras.

Una vez en El Fresco, el peluquero recogió su sombrero de fieltro. Recién en ese instante, Baltasar cayó en cuenta de que Rafael Tijeras era el mismo verdulero al que le había temido tanto tiempo, y pensó cómo eran de engañosas las apariencias. El anciano acompañó a Baltasar hasta su casa.

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

y cuando se encontraron frente a la puerta sacó unas llaves de su bolsillo y la abrió como si nada. Baltasar lo miró desconcertado.

–¿Cómo es que tiene usted llaves de mi casa? –le preguntó el niño.

–Baltasar, es hora de que conozcas mi secreto. Acompáñame –respondió Rafael Tijeras.

Frente a un espejo, don Rafael sacó una de sus navajas y comenzó a afeitar su espesa barba, mientras Baltasar lo miraba con detención. Cuando acabó, se quitó los gruesos anteojos que usaba para podar. En ese momento, Baltasar quedó estupefacto.

–¡¿Abuelo?! ¡Has sido tú todo este tiempo! –gritó el niño emocionado, abrazando al señor Felito. Su abuelo, el verdulero y el peluquero eran la misma persona: Felito era el dueño de El Fresco, quien traía «vegetales de otro mundo», es decir, directamente desde la Maravillosa Macedonia. Con aquellos enormes lentes fondo de botella y esa espesa barba que crecía durante el largo tiempo transcurrido

studocu

en la Maravillosa Macedonia, Baltasar no lo había reconocido.

–Ahora sabes cuál es el secreto de mi éxito, «vegetales de otro mundo» para una verdulería única, ¿no te parece? –le dijo don Felito, guiñándole un ojo–. No pude revelarte mi identidad antes, pues debía asegurarme de que estuvieras preparado para conocer este secreto. Ahora sé que los macedonios son tus verdaderos amigos y que, como yo, los protegerás ante todo.

Baltasar estaba tan sorprendido con lo que acababa de descubrir, que no podía ocultar su entusiasmo y abrazaba a su abuelo sin soltarlo.

–¡Sabía que no podías faltar en esta hazaña! ¡Tú eres mi gran compañero de aventuras! –gritaba feliz el chico.

Luego, Baltasar le contó al abuelo su genial idea para liberar a sus amigos de todo aquel hostigoso confite, y se dirigieron a ejecutar el plan. En uno de los patios de la casa pusieron un frasquito con azúcar. En menos de cinco minutos, su interior estaba lleno de hormigas…

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



La restauración

Frente a la puerta infranqueable de la bodega de El Fresco, abuelo y nieto se deslumbraban al ver la magia del Medallón Maestro apareciendo ante sus ojos. Tras la puerta, surgió el salto de agua totalmente paralizado, duro y azucarado, que dejaba ver en su transparencia miles de ínfimos cristales. Entonces, don Rafa abrió el frasco y las hormigas se dirigieron en una fila muy ordenada hacia la cascada caramelizada.

Rodeando primero la parte superior de la misma, desde donde solía manar el agua, las hormigas comenzaron a recolectar pedacitos de caramelo para llevárselos. De pronto, el caramelo se trizó un poco, y luego más, hasta que ¡waaashhhhh!, la vertiente se destapó y el agua nuevamente comenzó a brotar con una gran fuerza, quebrando el caramelo que paralizaba el cho

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

volvió a fluir, y pocos segundos después, el ascensor de vidrio pasó a recoger a sus pasajeros para llevarlos al mundo vegetal.

Solo algunas horas tardaron las agradecidas hormigas en limpiar toda la Maravillosa Macedonia; estaban tan felices con toda el azúcar, que decidieron quedarse y hacer nidos ahí. Los macedonios miraban fascinados su tarea pulcra y minuciosa. Curiosamente, lo único que estos insectos no se interesaron en comer fue la estatua dulce de Roscón Orondo, ¡ni a ellas les gustó! Lo que sí comieron con gusto fue el ladrillo de caramelo alrededor del pie de Marina, que se sintió tan liberada que corrió hacia Baltasar y le dio un beso en la mejilla. Baltasar la miró sorprendido, y pensó que todavía no estaba en edad para ponerse de novio.

Mientras las hormigas terminaban la labor de aseo, Baltasar contaba fascinado a sus amigos cómo había descubierto que Rafael Tijeras era su mismísimo abuelo Felito, del que tanto les había hablado. Se sentía orgulloso de conocer su secreto y pensaba que ahora él también podría aprender el arte del podar.

De pronto, Zam Zanahoria señaló a lo lejos:

–¡Miren todos! ¡Apareció el malvavisco!

Un grupo de hormigas cargaba a Melvin Malvarado, quien recién había dejado de rodar después de caer por el precipicio. El pobre venía agitando una banderita blanca con las últimas fuerzas que le quedaban.

–¡Me rindo, me rindo! –gritaba, mientras levantaba dos deditos haciendo un signo de paz. Baltasar reconoció en este engendro a un ser simplón e inocente, y le pareció una buena estrategia convertirlo en un aliado.

–Muy bien, pequeño malvavisco –dijo Baltasar–, de hoy en adelante serás *mi* secuaz, irás siempre conmigo y me enseñarás todos los trucos y secretos que sepas sobre las golosinas.

Las hormigas soltaron a Melvin, que muy obediente se cua-

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

dró a un costado de Baltasar y lo abrazó a la altura de las rodillas (no era más grande que un zapallo).

–¡Gracias, mi nuevo jefecito! –le dijo aliviado.

Por fin todo volvió a la normalidad en la Maravillosa Macedonia: la cascada fluía con más frescura que nunca, los prados volvieron a ser verdes y los árboles recuperaron su frondosidad. Entonces, don Rafa miró a Baltasar y le dijo:

–Baltasar, ya ha pasado bastante tiempo, debemos regresar a casa si no queremos que tu mamá se preocupe.

–Pero yo quiero venir otra vez a ver a mis amigos, por favor –contestó el pequeño con un poco de pena.

–¡Pero claro que debes volver! –dijo con entusiasmo Zam.

–¡Sí! ¡Ven para jugar! –clamaban los otros niños macedonios.

–Baltasar, la Maravillosa Macedonia ya te ha elegido, el Medallón Maestro aparecerá para ti cuando quieras venir a ver a tus amigos y la Peluquería Podar

studocu

será desde ahora tu segundo hogar –le dijo don Rafa.

El anciano tomó a Baltasar de la mano, y acompañados de todos sus amigos se dirigieron hacia la cascada Suko para volver a casa a cenar. Todos los chicos se zambulleron en el agua, mientras abuelo y nieto atravesaban la cascada con un paraguas.

–¡Hasta pronto, Baltasar! ¡Chao! ¡Nos vemos mañana! ¡El miércoles jugamos fútbol! –se escuchaban muchas vocecitas invitándolo a volver. Y el ascensor subió.

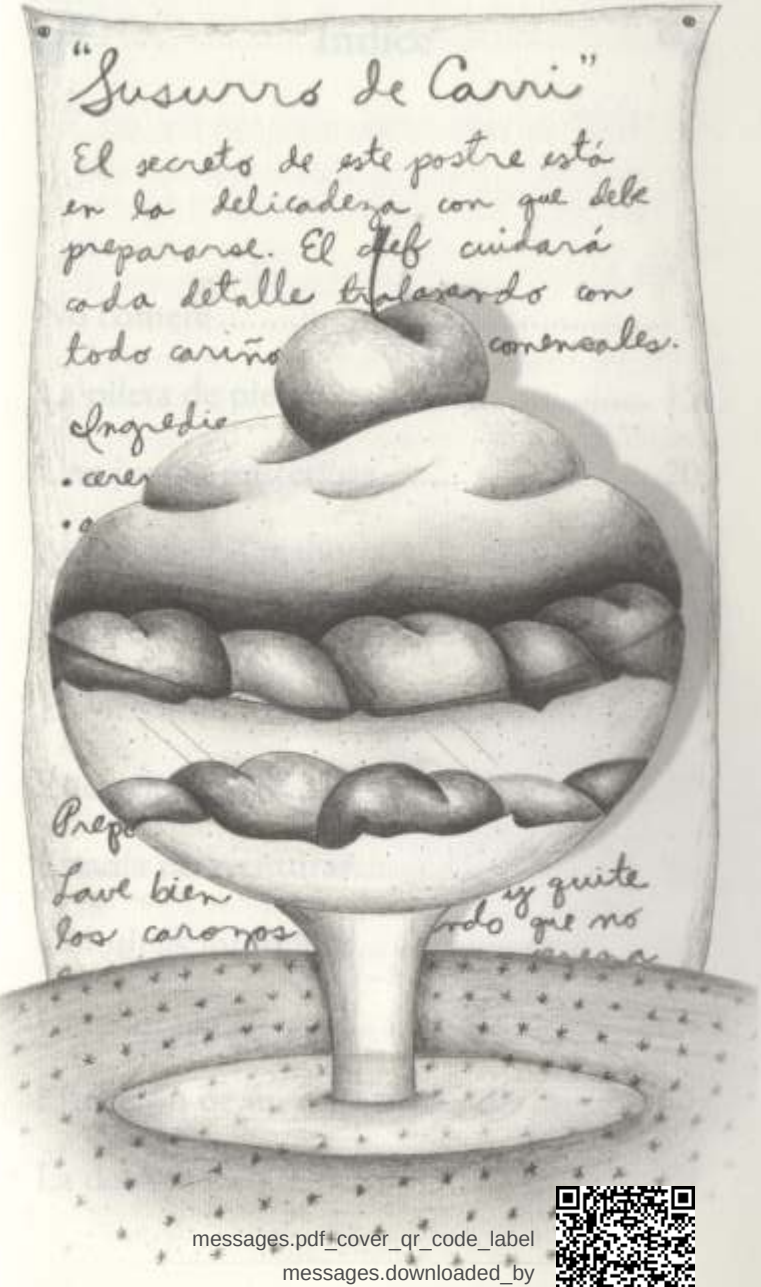
Un mes más tarde, El Fresco y El Confite Jocoso se unieron para convertirse en La Jocosa Frescura. Aquella tarde en que la cascada Suko fue caramelizada y Roscón Orondo creía que se había salido con la suya, el Departamento de Sanidad había clausurado El Confite Jocoso con un decreto que señalaba: «Presencia masiva de ratones».

Rafael Tijeras había reído último y había reído mejor. Compró el local clausurado, que en conjunto con la verdulería se había transformado en un genial almacén

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

donde, además de «vegetales de otro mundo» se vendían exquisiteces muy originales. Ahora, Baltasar conocía los trucos de los confites, los que usados en su justa medida eran un aporte genial, y junto a Melvin (que resultó ser un gran cocinero) habían creado increíbles recetas combinando lo más delicioso de los vegetales con un poco de la picardía de las golosinas. Como resultado obtuvieron productos únicos y atrayentes que encantaron a los niños: bombones de mandarina con un toque de chocolate, anticuchos de fresas y merenguitos, aros de manzana con miel, crocantes de espinaca y hasta chips de zanahoria. Dentro de las preparaciones había platillos más sofisticados, como el intenso y dulce «Susurro de Carri», hecho a base de cerezas, o el temerario y picante «Ají según Chad». La Jocosa Frescura sí que era un éxito rotundo.

Por la puerta de la bodega, Baltasar regresaba a la Maravillosa Macedonia cada vez que podía. Zam, Marina, Adelfa y los demás chicos siempre lo esperaban ansiosos, pues nunca se sabía qué nueva aventura podía ocurrir en aquel increíble mundo.



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Índice

No comeré 9

La pileta de piedra 15

Una jungla misteriosa 20

Alcachofa y Zanahoria 26

El peluquero 34

El Medallón Maestro 42

Zucaralia 47

Estadía de aventuras 57

Golosinas infiltradas 63

Un plan maléfico 70

Ejecución de un crimen 75

La debacle 79

studocu

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Estrategias de defensa 87

La rehén 92

Una contienda desigual 98

Cara a cara 109

Plan de contingencia 117

La restauración 123

studocu

FRANCISCA CORTÉS GUARACHI

Nació el 2 de diciembre de 1981 en Santiago de Chile. Siempre prefirió las clases de lenguaje y arte por sobre todas las demás (a veces le parecían más entretenidas que el mismísimo recreo). A los dieciocho años decidió inclinarse por una de sus dos aficiones y entró a estudiar Diseño en la Universidad Católica de Chile, donde aprendió a crear soluciones para necesidades increíbles. Pero nunca dejó de leer (aunque fueran las etiquetas de las latas de atún) y nunca dejó de escribir (aunque fueran barbaridades). Y por sobre todo, nunca, nunca, pero nunca dejó de imaginar (aunque a veces fueran locuras). Y como de su imaginación nacían historias y le gustaba mucho dibujar, las escribió y también las ilustró.

Un buen día, cuando cuidaba de su ahijado, se enfrentó a la difícil tarea de darle el almuerzo: lentejas. El chico no quería comer por ningún motivo. Viendo que ni el más tentador de los sobornos lo convencía, recurrió a una solución que pensó que ayudaría… comenzó a contarle una historia.

La historia se transformó en este libro.

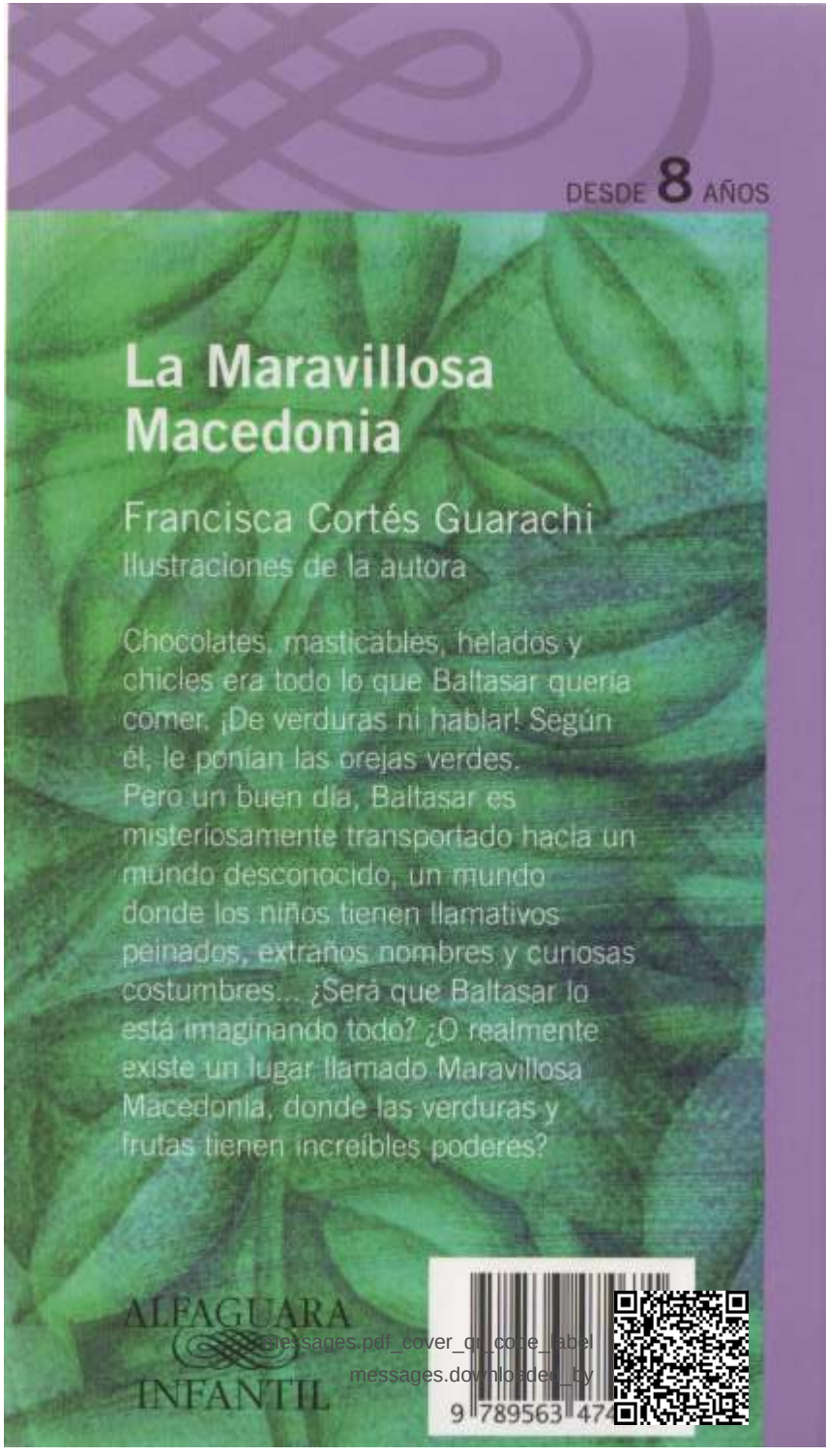
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 2014
talleres de CyC Impresores Ltda.,
ubicados en San Francisco 1434,
Santiago, Chile.

studocu

messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



studocu
messages.pdf_cover_qr_core_label
messages.downloaded_by